



CADENAS Y GUTIERREZ ROIG
EL CLUB DE LOS CHIFLADOS

Comedia en tres actos.

50 cts.

la pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO

Editado en RIVADENEYRA

Paseo de San Vicente, 20.

M A D R I D

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL
CINE DEBEN LEER LA PANTALLA,
QUE CONSTITUYE LA VERDADERA
GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA

———— MUNDIAL ————

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20. ————



EL CLUB DE LOS CHIFLADOS



JOSE JUAN CADENAS
ENRIQUE F. GUTIERREZ ROIG

El club de los chillados

COMEDIA EN TRES ACTO DE
ARMONT Y GERBIDON

Estrenada en el teatro Alkazar, de Madrid
el día 30 de marzo de 1929.

DIBUJOS DE ALMADA



LA FARSA

AÑO III | 20 DE ABRIL DE 1929 | NUM. 82

MADRID

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

<i>Paquita</i>	Srta. Prendes.
<i>Magdalena</i>	Sra. Caba (I.)
<i>Julieta</i>	Srta Kayser.
<i>Señora de Leblond</i>	Sra. Manso.
<i>Anita</i>	Srta. Vázquez Palencia.
<i>Antolín Dupont</i>	Sr. Perales.
<i>Domingo Meyer</i>	» García León.
<i>Casimiro Ros</i>	» Campos.
<i>Jorge Parner</i>	» Sancho.
<i>Julio</i>	» Gutiérrez.
<i>Cipriano</i>	» Hidalgo.
<i>Daniel</i>	» Ponzano.

La acción de los actos primero y tercero, en Clermont.

La del segundo, en París.—Época actual.

Derecha e izquierda, las del artista.



ACTO PRIMERO

Una gran habitación en el piso bajo de la casa de Antolín Dupont, en Clermont. Los muebles y la disposición de este salón son muy pintorescos. A la izquierda, una mesa grande cubierta con un tapete verde y, sobre éste, tres tinteros, papel de escribir, una botella de agua y un vaso; detrás de la mesa una butaca, y a cada lado de ésta una silla; al fondo derecha, la ochava transformada en guardarropa, con su techo, sus divisiones de madera y sus perchas. En el centro del foro, un bar en miniatura, altos taburetes y una anaquelera con vasos y botellas de licores. Al fondo izquierda, en ochava, un pequeño escenario más elevado que el resto de la escena, escenario con su batería de luces, su telón, etc. En primer término hay una mesa con periódicos y revistas. En la pared un gran cartel, del cual puedan leerse las primeras líneas: "Círculo de París". "Reglamento". Puertas a derecha e izquierda de los primeros términos.

ESCENA PRIMERA

CIPRIANO y DOMINGO.

(Al levantarse el telón, CIPRIANO, sentado en la butaca de la mesa de la izquierda, timbra con un sello pliegos de papel. A poco entra por la derecha DOMINGO, hombre de cincuenta años, de aspecto seco, duro y hostil. Lleva puesto un gabán pasado de moda, y sobre su hombro, dulcemente posado, un jilguero amaestrado.)

DOMINGO.--*(Bruscamente.)* Cipriano, ¿qué hace usted ahí?

CIPRIANO.--*(Sin levantarse.)* Estoy poniendo el sello del Círculo en el papel de cartas.

DOMINGO.—¿Y eso lo hace usted sobre la mesa presidencial?

CIPRIANO.—Es que...

DOMINGO.—Lo que debe usted hacer, antes que todo, es ponerse en pie cuando yo le hablo. Está usted en un Casino, un Círculo; pequeño, pero un Círculo al fin y al cabo, del cual soy vicepresidente y usted es el *groom*. Y como usted es el *groom*, debe usted llamarme "señor vicepresidente". Es preciso que vaya usted olvidando sus hábitos campesinos.

CIPRIANO.—¡Ah! ¿Yo soy... *groom*?

DOMINGO.—Sí. Y en cuanto llegue un socio del Círculo, inmediatamente debe usted apoderarse de su gabán y colocarlo en el guardarropa. (*Cipriano intenta quitarle el gabán.*) Despacio. ¿No ve usted que aquí hay alguien? (*Señalando al jilguero.*) Y sepa usted que si alguno de nosotros tiene sed y pide de beber al *bar*, usted, entonces, para servirnos, se transforma en *barman*.

CIPRIANO.—¿*Barman*? ¿*Groom*? ¿Por qué he de tener yo siempre nombres ingleses?

DOMINGO.—Porque esa es la costumbre en los Círculos de París. Yo, aquí, soy un *clubman*.

CIPRIANO.—Es que yo aquí hago todos los oficios: *groom*, *barman*, guardarropa, barrendero, ordenanza, ujier los días que hay sesión, tramoyista los días que hay teatro...

DOMINGO.—Naturalmente que tiene usted que ser todo eso. Y más todavía. En los grandes Círculos hay un hombre para cada empleo; pero como nuestro Club sólo cuenta con tres socios, no podemos tener gran dependencia; con un empleado tenemos bastante... Y, sobre todo, yo no tengo que darle a usted explicaciones de nada. (*Viendo entrar a DOMINGO.*) Aquí viene nuestro tesorero.

ESCENA II

DICHOS Y CASIMIRO.

CASIMIRO.—(*Es un sujeto guapo, bien afeitado, muy correcto, casi con detalles de coquetería, aunque vestido un poco a modo provinciano, su aire y ademanes son absolutamente insignificantes. Entra llevando con suma precaución un paquete.*) Buenas tardes, querido vicepresidente.

DOMINGO.—Muy buenas tardes, mi querido tesorero.

CASIMIRO.—¿No ha venido aún nuestro presidente?

DOMINGO.—¿Antolín? No creo que tarde. Hoy tenemos sesión.

CASIMIRO.—(*Mirando el jilguero.*) ¿Se ha traído usted a Gilito?

DOMINGO.—Sí. Se ha empeñado en venir. Al salir de casa uso a volar alrededor de mi cabeza y luego se colocó tan firmemente en mi hombro, que no he tenido ánimos para decirle que no viniera.

CASIMIRO.—(A Cipriano.) ¿Y el guardarropa? Denos usted unos números.

CIPRIANO.—(Encogiéndose de hombros.) Si se empeñan ustedes, se los daré; pero siendo tres socios nada más en el caso, no tienen ustedes necesidad de números para reconocer “gambardinas”.

DOMINGO.—(Rudamente.) Se dice gabardinas. Y usted, ¿ha oído algún círculo sin guardarropa? Lleve usted a Gilito a su habitación... Despacio... Está acostumbrado a que se le hable con mimo. (Cipriano se va, llevándose el jilguero, por la izquierda, y vuelve en seguida.) Ahora recoja usted el gatito y el sombrero del señor. (Cipriano coge ambas prendas, saca de una caja unos cartones numerados, pone uno en el sombrero, que coloca sobre una tabla; luego rodea el gabán con una cinta, y da un cartón numerado a Casimiro. Luego se va por el gabán de Domingo.) Traigo también un conejito hermoso. (Saca del bolsillo el conejo y lo acaricia afectuosamente, mientras Cipriano coge el gabán y lo coloca en el guardarropa y da un número a Domingo.) El pobre Serapio ha padecido una querrelia entre el perro y el gato, y le ha dado un poco de fiebre; no he querido dejarle solo. Cada dos días le doy una hoja de col salpicada de quinina. Cipriano, lleve usted a Serapio a la cocina y póngale cerca de la luz. (Cipriano se lo lleva por la izquierda.)

CASIMIRO.—¿Cómo le gustan a usted los animales, Domingo!

DOMINGO.—(Con orgullo.) Mucho más que los hombres, sí, señor. Y al decir los hombres, quiero decir también las mujeres. Sobre todo lo digo por las mujeres. ¡Ah! ¡Cuando pienso que el Creador, que ha dado vida a los animales, esos seres tan deliciosos, ha hecho también las mujeres!... ¡En qué estaba pensando el Creador! Yo me pregunto muchas veces si no usted, que es ya un viejo solterón, lo mismo que Antón, puede vivir sin tener un animalito domesticado.

CASIMIRO.—¿Bah! ¿Un animalito en mi casa? Yo soy relojero, y un bicho en medio de mis relojes y mis cajitas de música sería terrible. Una vez tuve un gorrión domesticado, y puede usted figurarse... Se paseaba por la mesa de trabajo, me revolvió todas las piezas de los relojes, me ensuciaba las esferas, se afilaba el pico en los cilindros... Imposible, imposible... Aquí viene nuestro presidente.

ESCENA III

DOMINGO, CASIMIRO y ANTOLÍN. *Luego, CIPRIANO.*

ANTOLÍN.—(*Sesenta y cinco años; cara ingenua y extático; traje limpio, pero usado; puños y cuello de celuloide; guantes de hilo.*) Señores, buenas tardes.

CASIMIRO. } ¡Querido presidente!

DOMINGO. }
ANTOLÍN.—Veo que está el completo. ¿Qué hora es?

DOMINGO.—(*Sacando el reloj.*) Las cinco y veinte.

CASIMIRO.—(*Sacando un enorme cronómetro.*) Las cinco y diez y nueve minutos y tres segundos.

ANTOLÍN.—¿Qué ocurre en la ciudad?... Todo el mundo contento.

CASIMIRO.—No me he fijado.

ANTOLÍN.—Lo digo porque todo el mundo se reía al ver pasar.

(*Se vuelve y se ve que lleva escrita, con yeso, en la espalda la palabra "Cucú".*)

DOMINGO.—Ya me explico por qué...

CASIMIRO.—¿Viene usted de dar la lección a los alumnos?

ANTOLÍN.—Sí. ¿Por qué?

DOMINGO.—¿Qué granujas! ¡Pues no le han puesto a usted un letrero en la espalda!

ANTOLÍN.—(*Riéndose.*) ¡Qué diablillos!

CASIMIRO.—Eso debe haberlo puesto alguna muchacha; más airevidas que los chicos.

ANTOLÍN.—¿Qué bien conoce Casimiro a las mujeres!

CASIMIRO.—La costumbre de tratarlas.

DOMINGO.—¿Se burlarán de usted!

CASIMIRO.—Nada de eso. Les divierto con mi alegría y chistes. Ya ven ustedes, anoche mismo estuve cenando con lieta, esa tiple de París que lleva cantando ocho días, nuestro teatro municipal, la ópera *Dedé*. Cenamos junto bien que nos divertimos los dos. ¡Tiene un cuerpo preciosísimo!

DOMINGO.—¿Qué presumido! Antolín, quítese usted el bân para que no vea Cipriano el letrero.

ANTOLÍN.—Es verdad. Se reiría también. (*Riéndose.*) mis discípulas, a las que doy lecciones particulares; les vierte mucho hacerme objeto de estas burlas.

DOMINGO.—Ellas son capaces de todo. Fíjese usted en Casimiro... Las mujeres lo matarán.

ANTOLÍN.—¡Oh, oh! No todas son malas. Yo conozco a algunas por la que siente usted mucho cariño.

DOMINGO.—¿Yo?

ANTOLÍN.—¡Paquita!

DOMINGO.—¡Ah, sí, es verdad!

ANTOLÍN.—¿Y cómo es que Paquita no está aquí? Hoy es sábado y es el día de nuestro concierto semanal; tenía que ensayarle una nueva canción. Con tal de que no le haya ocurrido nada malo.

CASIMIRO.—Nada, seguramente.

ANTOLÍN.—Paquita es mi discípula predilecta, mi mejor amiguita...

CASIMIRO.—Nuestra mejor amiguita...

DOMINGO.—La única.

ANTOLÍN.—Eso es... Nuestra única amiguita... Pero mía sobre todo. Yo soy su profesor... Nunca se ha retrasado tanto...; estoy intranquilo.

CASIMIRO.—Antolín, ¿qué es esto? (*Mostrándole el paquete.*)

ANTOLÍN.—¿Lo ha hecho usted ya? ¿Es mi azucarero?

CASIMIRO.—Sí.

ANTOLÍN.—A verlo, a verlo. (*Desenvuelve febrilmente el papel y saca un azucarero ordinario y empieza a palparle por todos los sitios, hasta que coge un terrón, el cual está sujeto por una cinta a la palanca de un mecanismo de relojería, y al moverse esta palanca suena en el azucarero, donde habrá una cajita de música, una polka.*) ¡Ah! (*Llevando el compás con los dedos.*) ¡Ha realizado usted admirablemente mi pensamiento!... Bueno, ahora hablemos de otra cosa. Nos hemos reunido hoy para tener junta; pues bien, tengámosla. Hay que hacer varias compras para el círculo.

DOMINGO.—No hace falta que haya junta. Estamos todos de acuerdo.

ANTOLÍN.—(*Sonriendo.*) No importa. Con arreglo a los estatutos, toda decisión importante debe ser adoptada en junta general. Las cosas deben hacerse en regla. (*Llamando.*) ¡Ujier, ujier...!

CIPRIANO.—(*Por la derecha.*) ¿Me llaman a mí?

ANTOLÍN.—Sí, señor. Ujier, entre usted en funciones. (*Cipriano se pone una cadena de metal alrededor del cuello mientras los otros tres personajes se instalan detrás de la mesa del tapete verde. Antolín en medio, Casimiro a su derecha y Domingo a la izquierda.*) Ujier, el vaso de agua. (*Cipriano llena el vaso, y se va. Antolín, agitando la campanilla.*) Se abre la sesión. Lleve usted el acta, Domingo. (*Levantándose.*) Señores: nuestro Círculo ya es antiguo; tiene doce años de existencia y hay en él varios objetos usados o deteriorados que hace falta reemplazar. ¿Debemos nosotros, y podemos nosotros,

hacer esas compras? ¿Cuál es exactamente la cifra a que ascienden las economías que nosotros hemos hecho durante estos doce años? Eso es lo que el señor tesorero va a tener la bondad de decirnos. Tiene la palabra el señor tesorero. *(Se sienta.)*

CASIMIRO.—*(Levantándose.)* Señores. *(Sacando un papel del bolsillo.)* He aquí el balance de nuestro haber: cotizaciones mensuales, once mil doscientos treinta y cinco francos. Beneficios del *bar*, mil ochocientos veintisiete francos.

CIPRIANO.—*(Por la derecha.)* Una señora pregunta por el señor don Casimiro Ros.

CASIMIRO.—Me figuro quién es. Seguramente es Julieta.

ANTOLÍN.—¿La tiple?

DOMINGO.—¡Pido la palabra para una cuestión de orden! No pretenderán ustedes que entre aquí una mujer...

CASIMIRO.—¡Hombre!... Me parece que usted entra con toda clase de animales...

DOMINGO.—No comparemos, no comparemos...

ANTOLÍN.—Comprenda usted, Domingo, que no podemos dejar a esa señora en la puerta. Ujier, que pase.

ESCENA IV

DICHOS y JULIETA.

JULIETA.—¿Dónde está? ¡Ah! Ya le veo. Buenas tardes, Casimiro. ¿Cómo te va desde anoche?

CASIMIRO.—Muy bien. Permíteme que te presente a mis amigos Antolín Dupont y Domingo Meyer.

JULIETA.—*(Graciosa, burlona, haciendo una reverencia de corte.)* Tengo mucho gusto... Pero... ¿qué hacen ustedes detrás de esa mesa? ¿Están examinando a alguien?

ANTOLÍN.—Estamos reunidos en Junta general. Este es nuestro Círculo.

JULIETA.—¡Ah, sí! Ya me ha hablado Casimiro. Pero no sigan ustedes así porque me asustan.

ANTOLÍN.—¡Se suspende la sesión por unos minutos! *(Los tres vienen junto a Julieta.)*

JULIETA.—¿De modo que es verdad que han montado ustedes un Casino al estilo de los de París? Cuando Casimiro me lo contaba lo tomé a broma. *(Mirando a su alrededor.)* No es muy grande, ¿verdad?...

CASIMIRO.—Lo suficiente. No somos más que tres socios.

JULIETA.—*(Estupefacta.)* ¿De veras? ¿Tres socios nada más?

DOMINGO.—(Que se ha sentado en un sillón dice gruñona-
te.) Y somos bastante.

ANTOLÍN.—Vea usted, señorita: éste es el guardarropa; ésta
es la mesa presidencial para las juntas y para cuando tenemos
que deliberar. (Señalando una butaca y una silla alrededor de
esa mesa donde están los periódicos.) Este es el salón de lec-
tura. ¿Quiere usted sentarse en la butaca?

JULIETA.—¿Para qué?

ANTOLÍN.—(Insistiendo.) Siéntese... para descansar. (Julietta
se sienta y en seguida, en la butaca, suena una música.)

JULIETA.—¿Soy yo la que hace sonar la música?

ANTOLÍN.—Sí, señora. Este es el sillón musical que yo he
comprado.

ASIMIRO.—Y que he construído yo.

JULIETA.—Hace falta salir a provincias para ver estas cosas.
¿Y eso es un teatro?

ANTOLÍN.—Sí, señora. (Llamando.) Ujier... No...; ya no es-
tamos en sesión. Cipriano, Cipriano... (A CIPRIANO, que entra.)
Corra usted las cortinas. (A Julieta.) Nosotros nos ofre-
mos a nosotros mismos representaciones semanales, todos
los sábados. (Cipriano mueve la cuerda, que desune, y se ve
la escena y en ella un piano.)

JULIETA.—¿Es curioso!

ANTOLÍN.—También tenemos un bar.

JULIETA.—¿Y todo esto lo han hecho ustedes para divertirse?

DOMINGO.—¿Divertirnos?...

ANTOLÍN.—¿Nada de eso!

ASIMIRO.—Esto es mucho más serio de lo que parece.

ANTOLÍN.—Usted no puede figurarse lo que supone vivir en
este pueblo, sobre todo cuando, como nos sucede a los tres, se
ha sido estudiante en París. ¡Ah, París! ¡El barrio latino!
¡El boulevard! ¡Aquello es vivir! Ninguno de los tres hemos
estado a París desde hace treinta años. En este pueblo todos
los vecinos pasan el tiempo espíandose, calumniándose, criti-
cándose... ¡Qué asco! Por eso nosotros hemos fundado este pe-
queño Círculo, sólo para los tres, para que nos sirva de refugio
durante las tardes. Aquí venimos y lo olvidamos todo.

JULIETA.—¿Olvidar? ¿Qué?

DOMINGO.—(Sombrio.) A los hombres.

JULIETA.—¿No le son a usted simpáticos?

DOMINGO.—Ni las mujeres tampoco.

JULIETA.—¿Qué le han hecho a usted las mujeres?

DOMINGO.—Lo mismo que los hombres: engañarme. Prime-
ro mis amigos. Después, accedí a casarme en este pueblo
engañado por aquello de que "Era una provincianita...", y sí, sí.

¡Menudo tango fué nuestra luna de miel! Desde entonces puse mi afecto en los animales. Hoy ya los adoro. Son sagrados para mí.

JULIETA.—¿Si que son ustedes raros!... ¿Y a las funciones que dan los sábados vienen muchos espectadores?

DOMINGO.—Nosotros tres.

JULIETA.—¿Y los artistas?

CASIMIRO.—Nosotros tres y una muchacha, amiga nuestra que se llama Paquita y tiene una voz deliciosa.

JULIETA.—¿Paquita? En el coro que ha cantado anoche conmigo *Dedé* había una muchacha que se llamaba Paquita.

ANTOLÍN.—Esa es justamente.

DOMINGO.—Durante el día está empleada en una fábrica. Es mecanógrafa.

CASIMIRO.—Y por la noche, para ejercitarse, trabaja de solista en el teatro cuando hay compañía.

ANTOLÍN.—¿Usted conoce a Paquita?

DOMINGO.—¿Se ha fijado usted en ella?

JULIETA.—Ya lo creo. (*Los tres hombres, encantados, se acercan a Julieta.*) Tanta impresión me ha hecho su voz que a la llamé a mi hotel. Y la rogué que cantase la serenata de Schubert.

CASIMIRO.—La conozco. He puesto esa serenata en una pera.

ANTOLÍN.—¿Y cantó bien?

JULIETA.—Admirablemente. Yo la aconsejé que se fuera a París, porque allí triunfaría... Pero la muy tonta me contó que tiene un novio y que le adora.

DOMINGO.—Verdad. Es novia de Julio Neviot, el fabricante de paños.

JULIETA.—Pues por eso no quiere marcharse.

CASIMIRO.—¿Felizmente! Porque... ¿qué sería de nosotros sin Paquita? Es nuestra única amiga.

ANTOLÍN.—La semana pasada tuvimos que ir a sacarla de la Comisaría, por haber roto una sombrilla en la cabeza de un individuo que se había burlado de nosotros.

DOMINGO.—Había llamado a nuestro Círculo "El Club de los chiflados".

CASIMIRO.—¿Qué estupidez!

ANTOLÍN.—Es buena como nadie.

JULIETA.—Hablan ustedes de ella con mucho cariño.

DOMINGO.—Porque la queremos los tres mucho.

JULIETA.—Yo creía que usted detestaba a las mujeres.

DOMINGO.—A ésta, no. Una vez recogió a un perro, un p

o que lo estaba maltratando una mujer. Paquita se llevó
erro a su casa.

ANTOLÍN.—¿Le gustaría a usted volver a charlar con ella?

JULIETA.—¿Por qué no? Pero como me voy esta noche...

ANTOLÍN.—No importa. El tren de París sale a las once y
ia; hoy es sábado, día de concierto. Venga usted después
a cena y Paquita estará aquí.

JULIETA.—Me gusta el plan. Y si les divierte a ustedes, tam-
cantaré yo algunas canciones de mi repertorio.

ANTOLÍN.—Encantados y muy agradecidos.

JULIETA.—Pues hasta luego, entonces. Me voy al hotel para
er el equipaje y vuelvo. Señor presidente... Hasta en se-
la, Casimirito... (*A Domingo.*) Intentaré que olvide usted
momento sus animalitos, mi querido amigo... (*Vase riendo.*)

ESCENA V

ANTOLÍN, CASIMIRO y DOMINGO.

CASIMIRO.—¡Es encantadora! ¿Verdad, Antolín? ¿Qué dice
ed, Domingo?

DOMINGO.—¡Bah! Todas las mujeres son encantadoras. Tra-
dese de sonreír, siempre están dispuestas.

CASIMIRO.—Esta no trata sólo de sonreír. Julieta nos ha
ecido su concurso para el concierto.

ANTOLÍN.—Y, a propósito. ¿No creen ustedes que debíamos
le alguna cantidad?...

CASIMIRO.—No la aceptaría.

ANTOLÍN.—No importa. Esto es una cosa que se hace siem-
en París.

CASIMIRO.—¡Ah, si es costumbre en París!...

DOMINGO.—Entonces es indispensable hacer ese gasto, como
ben en París. (*Entra PAQUITA.*)

ESCENA VI

DICHOS y PAQUITA.

ANTOLÍN.—Ya está aquí Paquita.

PAQUITA.—De buena me he escapado.

ANTOLÍN.—¿Por qué te has retrasado tanto? (*Paquita hace
ñas de que no puede hablar.*) Estás ahogándote... ¿Has ve-
lo corriendo?

DOMINGO.—¿Qué te pasa?

CASIMIRO.—¿Te ha ocurrido algo? (*Los tres la rodean.*)

PAQUITA.—(*Muy excitada.*) Figúrense ustedes que el amo de la fábrica me ha faltado al respeto de la manera más asquerosa.

TODOS.—¡Oh!

PAQUITA.—Pero yo me he vengado bien. Miren ustedes. (*Señala un objeto de su bolso.*)

CASIMIRO.—Parecen pelos.

PAQUITA.—Y lo son. Pelos de un bisoñé.

CASIMIRO.—¡Ah! Pero... ¿es calvo?

ANTOLÍN.—Cálmate, Paquita, y cuenta lo ocurrido.

PAQUITA.—Oigan ustedes. Yo estaba trabajando, como de costumbre, en mi máquina, cuando viene un ordenanza y dice que el señor Durandel, el jefe, quería hablarme en despacho. Yo subí tan contenta pensando que me iba a aumentar el sueldo. Sí, sí... Entro, y veo que el jefe se quita las gafas, comienza a decirme que soy muy bonita, se acerca a mí para verme mejor y de pronto me coge las manos y en seguida los brazos, y luego Dios sabe lo que hubiera ocurrido si yo no retrocedo después de darle un empujón.

ANTOLÍN.—¿Qué sátiro!

CASIMIRO.—¿Qué sinvergüenza!

DOMINGO.—¿Qué granuja!

PAQUITA.—Pero vuelve con los brazos abiertos, pretende abrazarme, yo lucho para separarme de él; grito, le golpeo, retuerzo entre sus garras, que parecían de hierro y, viéndome desesperada, me agarré a sus cabellos... ¡Figúrense ustedes mi sorpresa al ver que se me quedaban en la mano!...

CASIMIRO.—¡Oh! ¡Tiene gracia!

PAQUITA.—El hombre se quedó tan asombrado que me soltó y pude separarme de él, alcanzar la puerta y escapar corriendo. Pero él me seguía por los talleres, entre los obreros, y gritaba: “¡Mi peluca, devuélvamela usted que no tengo otra!” (*Domingo y Casimiro se doblan de risa.*) ¡Calculen ustedes la vergüenza que se armó en la fábrica!

ANTOLÍN.—Sí, sí... Pero ahora te echarán.

PAQUITA.—¡Ya lo han hecho! Media hora después me dieron que pasara por la Caja y me liquidaron.

ANTOLÍN.—(*Fuera de sí.*) Pero eso ha sido una infamia, una verdadera infamia.

PAQUITA.—Sí, señor. ¡Ah! Pero ya estoy vengada, porque mediatamente se lo dije a Julio, que se fué a buscar al jefe y le ha dado una mano de bofetadas y puntapiés que le ha puesto negro...

DOMINGO.—(*Encantado.*) Me hubiera gustado verlo.

CASIMIRO.—Y a mí también.

PAQUITA.—Y no saben ustedes lo mejor. Los obreros se han puesto de mi parte y se han declarado en huelga.

TEODOS.—¿En huelga?

PAQUITA.—A la salida de los talleres han decidido que mañana no se presente nadie a trabajar. Tendrán que cerrar la fábrica. (*Se quita el sombrero, se le da a Casimiro y éste lo lleva a la habitación de la izquierda, volviendo en seguida.*)

ANTOLÍN.—(*Desolado.*) ¡En huelga! (*Viendo a CIPRIANO, que viene por la derecha.*) ¿Qué quieres?

CIPRIANO.—La señora de Leblond desea hablar con usted.

ANTOLÍN.—(*Sorprendido.*) ¿La señora de Leblond? ¿Mi prima?

CIPRIANO.—La misma, sí, señor.

DOMINGO.—Yo creí que no se hablaban ustedes.

ANTOLÍN.—Claro que no. Como que estamos regañados. Para que ella se presente aquí algo muy importante le trae... Cipriano: que pase esa señora. (*Vase Cipriano.*)

CASIMIRO.—Es la presidenta de todas las obras de beneficencia de Clermont.

DOMINGO.—(*Recalcándolo.*) De todas.

CASIMIRO.—Una mujer virtuosa.

DOMINGO.—Son las peores.

ESCENA VII

DICHOS y la SEÑORA LEBLOND.

LEBLOND.—(*Entra con aire autoritario.*) Buenas tardes, querido Antolín.

ANTOLÍN.—Buenas tardes, prima.

LEBLOND.—(*Después de saludar con la cabeza a Casimiro y a Domingo.*) Antolín: a pesar de estar en desacuerdo, no podemos olvidar que somos de la misma familia. Y cuando sé que puedo prestarte un servicio, vengo, a pesar de nuestros sentimientos.

ANTOLÍN.—Siéntate.

LEBLOND.—(*Mirando alrededor suyo.*) ¡Ah! ¡Ah! ¡Este es el famoso Círculo de París, del cual tanto se habla? Un teatro..., una taberna..., bebidas espirituosas... ¡Muy bien..., muy bien!

ANTOLÍN.—¿De qué vienes a hablarme?

LEBLOND.—Supongo que te lo figurarás. Está aquí la señorita

Paquita, e imagino que ella te habrá puesto al corriente del escándalo de este mediodía.

ANTOLÍN.—Efectivamente.

LEBLOND.—No se habla de otra cosa en toda la ciudad, y todo el mundo está indignado.

DOMINGO.—Y hay motivo.

LEBLOND.—¿Verdad que sí? Un caballero respetable ha sido burlado y escarnecido.

DOMINGO.—¿Dice usted que un caballero respetable?

ANTOLÍN.—Pero... ¿de quién nos estás hablando?

LEBLOND.—Del señor Durandel. El fabricante de paños.

PAQUITA.—(*Estallando.*) El señor Durandel es un indecente.

LEBLOND.—¡Señorita!

PAQUITA.—Me ha faltado al respeto. ¡Es un canalla!

LEBLOND.—Usted le habrá dado motivos. No se falta al respeto más que a las que lo desean.

PAQUITA.—Indudablemente sobre ese punto usted tiene más experiencia.

ANTOLÍN.—Paquita, deje que hable esta señora.

LEBLOND.—Yo no tolero que se hable mal del señor Durandel: es un bienhechor de la ciudad; presidente del Refugio de Jóvenes descarriadas...

PAQUITA.—Refugio que se empeña en abrirles él a la fuerza.

LEBLOND.—¡Eso es una indignidad!

ANTOLÍN.—Lo indigno es que tú te hagas eco de esas cosas.

LEBLOND.—(*Con altanería.*) No quiero entablar discusiones contigo. Estoy por encima de todas las insinuaciones. (*Se sienta con mucha dignidad sobre la butaca y comienza a sonar la música.*) ¿Quién toca esa música?

CASIMIRO.—(*Muy amable.*) Usted misma, señora.

LEBLOND.—(*Levantándose rápidamente, lo que hace cesar la música.*) Gastan ustedes unas bromas de un gusto muy dudoso.

ANTOLÍN.—Acabemos, primita. Si has venido para decirme alguna cosa, dímelas pronto.

LEBLOND.—Vengo de parte del padre de Julio.

PAQUITA.—¿Del padre de Julio?

LEBLOND.—Sí. De parte del padre de su... novio. Por lo visto su pudor no se alarma llamando a Julio... novio de usted.

PAQUITA.—¡Claro que no!

LEBLOND.—Pues al padre de Julio le parece que hay que poner fin al noviazgo de su hijo. Además, se habla de huelga... Una huelga por culpa de usted. (*A Paquita.*) ¿No le parece que esto es el colmo? El padre de Julio opina que esta situación no puede continuar, y no ignorando los lazos de parentesco que me unen contigo, me ha encargado que hable con ustedes

les ruegue a los tres que aconsejen a esta muchacha para que se marche de aquí lo más pronto posible.

PAQUITA.—¿Irme yo de aquí? ¿Pero eso sería separarme de Julio?

LEBLOND.—Precisamente.

PAQUITA.—Pues no. Dígale usted que no me da la gana. ¡Que me voy!

LEBLOND.—Aquí no va usted a poder vivir. Después de lo ocurrido, en ninguna casa la querrán recibir. Claro que usted me dirá que para viajar, para establecerse en otro sitio, se necesita dinero... Conformes... El padre de Julio es un hombre generoso que conoce la vida. (*Abriendo su bolso.*) El mismo me ha encargado que le entregue a usted...

ANTOLÍN.—(*Ultrajado.*) ¿Dinero?

PAQUITA.—¡No lo saque usted, porque se lo tiro a la cara!

DOMINGO.—¡No intente usted dárselo, señora!

ANTOLÍN.—¿Y te has encargado tú de una comisión semejante?

DOMINGO.—¡Es vergonzoso!

CASIMIRO.—¡Abominable!

LEBLOND.—¡Oh! Señores... Me permito darles un consejo, y que moderen ese ardor al defender a la señorita Paquita.

ANTOLÍN.—¿Por qué?

LEBLOND.—Porque esto podría confirmar ciertos rumores que corren por la ciudad acerca de la frecuencia con que visita esta casa esa joven.

CASIMIRO.—¿Ciertos rumores?...

DOMINGO.—¿Que nos visita con frecuencia?

CASIMIRO.—¡Oh, señora!

DOMINGO.—¿Se atreve usted a insinuar?...

ANTOLÍN.—(*Fuera de sí.*) Mira... ¡Lárgate de aquí!

LEBLOND.—(*Sofocada.*) Pero...

ANTOLÍN.—(*Terrible y señalándole la puerta.*) ¡Que te vayas inmediatamente!

LEBLOND.—Pero..., pero... ¡No!... No me desmayo, porque en estos muebles con música ni siquiera puede una desmayarse... ¡Dios. (*Vase.*)

ESCENA VIII

PAQUITA, ANTOLÍN, DOMINGO, y después, JULIO.

ANTOLÍN.—¡Ah, gentuza indecente de esta tierra, cuánto te odio! (*A Paquita.*) ¡Pobre criatura! ¡Aquí te van a hacer la vida insoportable!

PAQUITA.—¡Oh! A mí lo que me preocupa es Julio... Si realmente su padre quiere separarnos...

CASIMIRO.—¿Tanto te quiere Julio?

PAQUITA.—Mucho. Pero es débil con su padre; le tiene mucho respeto, y hasta miedo... Estoy muy preocupada.

JULIO.—(*Viene agitado y se queda en el umbral de la puerta.*) ¡Ah! ¡Paquita! ¡Paquita! Pobres de nosotros.

PAQUITA.—(*Emocionada.*) ¡Julio!

LOS TRES.—(*Muy turbados.*) ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

JULIO.—¿Que se acabó nuestra felicidad!

PAQUITA.—(*Yendo hacia Julio.*) Habla... ¿Qué sucede?

JULIO.—Acabo de tener una escena terrible con mi padre. Mi riña con Durandel le ha puesto furioso. No tiene más que una idea fija: separarme de Paquita. Quiere que Paquita se vaya de aquí, lejos; cuanto más lejos, mejor. Le he dicho que yo no consentiré en marcharse.

LOS TRES.—¡Naturalmente!

JULIO.—Y entonces me ha dicho: Pues te irás tú. Y dice que me mandará a Argelia para que aprenda el comercio en casa de mis tíos.

PAQUITA.—¿Irte a Argelia? ¿Y por cuánto tiempo?

JULIO.—Unos cuantos años.

PAQUITA.—¿Y tú te has dejado convencer?

DOMINGO.—Haberle enviado a paseo.

JULIO.—(*Aterrorizado.*) ¿Enviar a paseo a mi padre? ¡Bueno, se ve que usted no le conoce! Para venir aquí he tenido que saltar por el balcón.

PAQUITA.—¡Para haberte matado!

JULIO.—Quería verte a toda costa por última vez.

LOS TRES.—(*Emocionados.*) ¡Por última vez!

PAQUITA.—¿Por última vez? Eso no es posible. ¿Tú le has dicho todo lo que nos queremos?

JULIO.—Le he dicho que te adoraba, que no te olvidaría nunca, que a ninguna otra mujer podré hablarle de amor... Que yo moriría por ti...

PAQUITA.—¿Y entonces?...

JULIO.—Entonces se echó a reír.

TODOS.—¡Oh!

PAQUITA.—(*Con gran pena.*) ¡Se echó a reír!... ¿Tú le has dicho que eres el único hombre a quien he querido? ¿Que he jurado quererte siempre? ¿Le has dicho todo esto?

JULIO.—¡Todo se lo he dicho!

PAQUITA.—¿Y qué contestó?

JULIO.—Se encogió de hombros.

ANTOLÍN.—Entonces es un salvaje...

CASIMIRO.—¡Es un animal!

DOMINGO.—¡Oh, ya quisiera! ¡Es un hombre!

PAQUITA.—(Abrazándose a Julio.) ¡Julio, yo no quiero separarme de ti! (Solloza.)

JULIO.—(Enternecido por las lágrimas.) Paquita... Amorío...

LOS TRES.—(Secándose los ojos.) ¡Qué lástima!... ¡Qué lástima!...

PAQUITA.—No es posible que tu padre sea tan cruel... No. Tú me has dicho las cosas como hay que decirlas. Voy yo misma a hablar con él.

JULIO.—¿Tú ir a casa de mi padre?

CASIMIRO.—Me parece una buena idea.

DOMINGO.—No conseguirá nada.

JULIO.—Claro que no. Mi padre es de una violencia feroz cuando se enfada... Grita; dice unas cosas que espanta...

PAQUITA.—Yo gritaré más que él. Voy a ponerme el sombrero. Espérame, vuelvo en seguida. (Mutis izquierda.)

DOMINGO.—(Frotándose las manos.) ¡Será una batalla!

JULIO.—No, querido Domingo; es preciso que no vaya... Déjanme ustedes: no debe ir. Si tienen influencia sobre ella, díganle esa idea de la cabeza. Ustedes no conocen a mi padre. Le diría a Paquita cosas terribles... No conseguiría nada.

DOMINGO.—¿Y usted qué va a hacer?

JULIO.—Nada. Obedecer a mi padre.

DOMINGO.—¿Pero entonces usted tiene sangre de horchata?

JULIO.—(Desolado.) ¡Y qué quiere usted que yo haga? Dejo de mi padre y él mismo me embarcará. Me lo ha repetido quince veces: ni un céntimo mientras no esté en el barco. Me ha propuesto que esto termine.

ANTOLÍN.—En el fondo tiene razón el chico. No hay salida posible.

JULIO.—¿Verdad que no la hay? Juro a ustedes que tengo el corazón destrozado, pero ¿qué quieren que haga yo?

ANTOLÍN.—En esas condiciones, la entrevista de Paquita será muy penosa para ella, y hay que evitarle cualquiera humillación. La impediremos que salga de aquí. No irá. Pero para eso es necesario que ella no le vea a usted otra vez, porque si le ve es posible que no pudiéramos detenerla. Créame: es mejor que vaya usted en seguida.

JULIO.—¿Sin volver a verla?

ANTOLÍN.—Es preferible.

DOMINGO.—Sí, sí; váyase.

CASIMIRO.—Y ahora mismo. (Los tres le empujan dulcemente hasta la puerta.)

JULIO.—Adiós, Paquita... Adiós, amor mío...

LOS TRES.—Sí, sí; pero váyase. (*Le hacen salir. Vase Julio*)

ESCENA IX

ANTOLÍN, DOMINGO, CASIMIRO y PAQUITA.

ANTOLÍN.—¿Y cómo le decimos ahora a Paquita...? Es p
liagudo.

PAQUITA.—(*Saliendo con el sombrero puesto.*) Ya estoy. V
monos... ¿Y Julio?

ANTOLÍN.—Se ha marchado.

PAQUITA.—¿Pero va a volver?

DOMINGO.—No.

PAQUITA.—¿Que no? ¿Pues no estaba convenido que iríam
juntos a hablar con su padre?

ANTOLÍN.—Esa era una idea loca, absurda...

PAQUITA.—¿Y después de todo lo que ha dicho tiene val
para marcharse sin decirme adiós?

ANTOLÍN.—No le acuses de nada. El muchacho estaba des
perado por tener que irse sin verte..., pero nosotros le hem
obligado a ello. Era preciso, ¿comprendes?

PAQUITA.—(*Furiosa.*) ¿Entonces es que se resigna?... ¿I
abandona?

ANTOLÍN.—La culpa sólo es de la mezquina moral burgue
del pueblo en que vivimos.

PAQUITA.—Y por la hipocresía de la señora de Leblond
otras por el estilo, ¿debo perder yo mi felicidad? ¡Ah, usted
no me conocen! ¡Cá! ¡Eso sí que no!

DOMINGO.—¿Qué vas a hacer?

PAQUITA.—(*Cada vez más exaltada.*) ¿La gentuza de e
pueblo me obliga a romper con Julio? ¿En Clermont no
dan trabajo? ¿Clermont quiere ruido? ¡Pues le habrá! ¡Vaya
le habrá! Me van a oír los sordos...

DOMINGO.—¡Bien, bien! ¡A latigazos con toda esa chusm

CASIMIRO.—Duro con ellos, duro.

ANTOLÍN.—No, señores, no. Están ustedes locos. No exci
su furor.

PAQUITA.—Contaré lo que sé de todas. Volcaré obre el p
blo el saco de las inmundicias, y les juro a uste... es que n
de una mujer no podrá dormir esta noche.

(*Resaltamente.*) Tú no te mueves de aquí.

PAQUITA.—¿Defienden ustedes a este pueblo?

ANTOLÍN.—Yo odio más que tú a toda esa gentuza. Pero pi

en tí, y en que si te dejásemos en libertad sería peor. Entra
ra vez en ese cuarto. Nosotros vamos a deliberar.

PAQUITA.—Yo quiero irme.

ANTOLÍN.—¡Tú nos obedeces! Bien sabes que sólo deseamos tu
ben.

PAQUITA.—¿Y voy a renunciar a mi venganza?

ANTOLÍN.—Es posible... No lo sé. (*Con dulzura.*) Anda, deja
te nosotros hablemos a solas, hija mía. (*La lleva hasta la
puerta de la izquierda. Vase Paquita.*)

ESCENA X

ANTOLÍN, DOMINGO y CASIMIRO.

ANTOLÍN.—(*Secándose la frente.*) ¡Trabajillo ha costado!...

DOMINGO.—Sí, pero ¿qué hacemos ahora?

CASIMIRO.—Eso digo yo.

ANTOLÍN.—¿No se les ocurre a ustedes nada?

CASIMIRO.—No.

DOMINGO.—El caso es que tampoco podemos tenerla ahí en-
cerrada toda la vida.

ANTOLÍN.—Naturalmente. A mí lo único que se me alcanza es
que esta chica no se puede quedar aquí. Es preciso que se vaya
e, toda costa.

CASIMIRO.—Creo lo mismo.

DOMINGO.—Sí... ¿Pero dónde?

ANTOLÍN.—Qué sé yo... A París.

DOMINGO.—¿A París? ¿Y qué va a hacer allí?

ANTOLÍN.—Trabajar.

DOMINGO.—¿En qué? París es inmenso... ¿Cómo podrá orien-
tarse para encontrar una colocación?

ANTOLÍN.—Sí, es difícil, lo comprendo. ¿Pero a ustedes qué
se les ocurre? ¿Qué proponen?

DOMINGO.—Nada... Yo no sé nada...

ESCENA XI

DICHOS y JULIETA.

JULIETA.—(*En la puerta.*) ¿Se puede?

ANTOLÍN.—(*Contrariado, pero cortés.*) Sí, sí... No faltaba más.

CASIMIRO.—(*Contento.*) Adelante, encantadora artista.

JULIETA.—¿Ha llegado el ruiseñor?

CASIMIRO.—Sí, pero esta noche no va a poder usted oírle cantar.

JULIETA.—¿No? ¿Por qué?

ANTOLÍN.—(*Asaltado por una idea súbita.*) ¡Ya está!.. ¡Ya está!

TODOS.—¿Qué le pasa a usted?

ANTOLÍN.—¡Ah, señorita Julieta! Su llegada de usted acaba de sugerirme una gran idea.

JULIETA.—¿Y qué es ello?

ANTOLÍN.—Usted nos ha dicho que Paquita tiene una voz notable, ¿no es así?

JULIETA.—Sí, señor.

ANTOLÍN.—¿Que hay pocas que canten como ella?

JULIETA.—Muy pocas.

ANTOLÍN.—(*Con mucha emoción.*) ¿No nos engaña usted?

DOMINGO.—¿Dónde quiere usted ir a parar?

ANTOLÍN.—Señorita... Paquita está en esa habitación. ¿Será usted tan amable que la hiciese un momento compañía? Ella le contará a usted todo lo que acaba de ocurrir. Haga usted el favor de pasar, porque nosotros tres tenemos que hablar de una cosa muy grave.

JULIETA.—Con mucho gusto... (*Muñis izquierda.*)

ANTOLÍN.—Amigos míos: nos preguntábamos ¿qué podría hacer Paquita en París?... Pues cantar.

CASIMIRO.—¿Cantar?

DOMINGO.—¿Por las calles?

ANTOLÍN.—No, hombre... Hacerse artista. Cantar en la Opera; ¡Ser diva!

CASIMIRO.—Sí, eso es... Cantante... Artista...

ANTOLÍN.—Cantar en los conciertos, en el teatro, en todas partes.

DOMINGO.—¡Eso es insensato!

CASIMIRO.—¿Insensato?

ANTOLÍN.—¿Y por qué?

DOMINGO.—Vamos, Antolín, reflexione. ¿Usted cree que Paquita puede llegar a ser una gran cantante?

ANTOLÍN.—¿Y por qué no? Ya les he dicho a ustedes mil veces que Paquita tenía un tesoro en la voz, y que si ella quisiera... Pues se ha presentado la ocasión. Llegará el día en que Paquita consiga cantar en un concierto, y el público leerá en el programa: Paquita Milet... No la conocemos, dirán; pero empezará a cantar y se levantará un murmullo de asombro. Paquita seguirá cantando; aumentará la admiración, y al acabar se oirá un huracán de aplausos. A la salida todo el mundo repetirá su nombre: Paquita Milet... Ya está lanzada. Los direc-

ores la ofrecerán montones de billetes de Banco y los empresarios se la disputarán ofreciéndola contratos fabulosos...

CASIMIRO.—¡Oh, oh, oh!...

DOMINGO.—Ya lo ve usted, hasta Casimiro lo duda. Usted es un hombre de una fantasía avasalladora. Usted mismo nos ha dicho varias veces: “Yo soy el caballero de la quimera.” Usted solito se anima, se exalta, vuela..., y la realidad es que aquita tiene un hilo de voz, bonita, sí...; y que acaso pudiera llegar a ser, con un poco de suerte, una gentil cantante de pereta...

ANTOLÍN.—No, Domingo, no; una gran cantante de ópera: Leo, Brunilda, Melisenda, Rosina...

DOMINGO.—No se es gran cantante así, de pronto. Tendría que trabajar mucho.

ANTOLÍN.—Trabajaré.

DOMINGO.—Estudiar, recibir lecciones...

ANTOLÍN.—Se las darán.

DOMINGO.—Eso cuesta caro.

ANTOLÍN.—Se pagarán. ¡Lo pagaremos todo!

CASIMIRO.—¡Antolín!...

DOMINGO.—Siempre con la fantasía desbocada.

ANTOLÍN.—Podríamos empezar enviándola mil francos al mes; nosotros tenemos en caja trece mil francos...

CASIMIRO.—Que son nuestras economías.

DOMINGO.—Destinadas a compras indispensables.

ANTOLÍN.—¡Oh! Tanto como indispensables...

CASIMIRO.—Necesitaríamos acordarlo en junta.

ANTOLÍN.—(*Un poco impaciente.*) Amigos míos, piensen ustedes que se nos presenta una ocasión única.

CASIMIRO.—¿Una ocasión de qué?

ANTOLÍN.—¡De ser dichosos! Sí, dichosos; porque haremos felicidad de una persona.

DOMINGO.—¡Eso es sentimentalismo!

ANTOLÍN.—Pensad que en esta jaula hay otro pajarillo: Paquita, que revolotea sin parar, hiriéndose las alas contra los barrotes... ¡Abramos la jaula! El pajarillo volará, y nosotros seguiremos su vuelo rápido con la mirada y veremos cómo sube hasta el cielo, hasta que a fuerza de subir nos parezca a estrella.

DOMINGO.—¡Ya salió el poeta!

ANTOLÍN.—(*Exaltándose poco a poco.*) Nosotros viviremos su vida, sufriremos con sus desgracias, y sus éxitos nos colmarán de orgullo. No dormiremos los días de ensayo general, y a la mañana siguiente pediremos los periódicos y los leeremos con corazón agitado. Sus triunfos serán nuestros triunfos. Y

¡qué dirán ustedes más tarde, cuando lean su biografía: “gran cantante Paquita Milet nació en Clermont; su infancia fué modesta; vegetó hasta los veintitrés años en su empleo de mecanógrafa, y fué bruscamente lanzada a su carrera artística por tres viejecitos desinteresados, alegres y simpáticos”!

DOMINGO.—Quimeras, quimeras... Todo eso son quimeras. Gran cantante todavía no lo es...

ANTOLÍN.—¡Pero lo será! Estoy seguro.

DOMINGO.—¿Y si no llegara a serlo?...

ANTOLÍN.—Por lo menos lo habremos intentado; esto ya es algo, ¿verdad, Casimiro; verdad, Domingo? No respondéis porque sabéis que tengo razón. ¡Ea, sirvamos alguna vez por algo!

DOMINGO.—¡Basta! Llame usted a Paquita.

CASIMIRO.—Pero pronto.

ANTOLÍN.—(*Estrechándoles las manos.*) Gracias, amigos míos gracias. (*Yendo a abrir la puerta.*) Paquita... Señorita Julieta... ¿Quieren ustedes venir?

ESCENA XII

DICHOS. PAQUITA y JULIETA.

ANTOLÍN.—Acércate, Paquita... Acabamos de estudiar la cuestión de tu viaje.

PAQUITA.—Ya lo sé. Lo estamos oyendo todo. Quieren ustedes mandarme a París, ¿no es eso? Pues bien. No acepto. Prefiero darme por vencida, y se pondrían los del pueblo muy contentos.

DOMINGO.—Despacio. Me concederás el mérito y la justicia de reconocer que he sido yo el que más ha discutido en este viaje, ¿no? Pues bien; soy yo quien te dice: “Vete a París”.

PAQUITA.—No, señor. Es que tampoco quiero abandonar a ustedes.

DOMINGO.—No hay más remedio.

ANTOLÍN.—¿Tú no quieres vengarte?

PAQUITA.—¡Oh! ¡Eso sí!

ANTOLÍN.—Pues vete a París... Trabaja, canta y estudia para llegar a ser una gran artista, y cuando lo seas vuelve a Clermont... Ya verás entonces a la señora Leblond y a otras; a las casquivanas y a las hipócritas, rendidas a tus pies y solicitando una mirada tuya.

DOMINGO.—¿Y qué mejor venganza?

PAQUITA.—(Un poco vacilante.) Sí... Pero, ¿y dejarles a ustedes, que son mi único cariño y el sostén de mi vida? ¿Y Julio?...

ANTOLÍN.—¡Pero si él no estará aquí!

PAQUITA.—No importa. Viviré al menos en un sitio lleno de sus recuerdos... ¡Mi Julio!

DOMINGO.—¡Atiéndeme, cordera! El mejor medio de que algún día vuelvas a ver a tu Julio es el de irte a París, y cuando seas diva y célebre, el señor Neviot, su padre, sombrero en mano, no sabrá negarte nada.

PAQUITA.—¿Usted lo cree así?

JULIETA.—No le quepa duda.

PAQUITA.—Entonces les obedeceré a ustedes: trabajaré y estudiaré para ser una artista célebre.

ANTOLÍN.—Tu nombre resonará en toda Europa.

PAQUITA.—Y en América.

ANTOLÍN.—En las dos Américas.

PAQUITA.—¡Ah! ¿Pero hay dos?

ANTOLÍN.—¡El mundo entero hablará de ti! ¡De tu voz!

PAQUITA.—Y de mis vestidos... Pero, y ahora que me doy cuenta, ¿cómo quieren ustedes que yo vaya a París, sin conocer a nadie, sin haber estado nunca allí?

ANTOLÍN.—Es verdad. No habíamos pensado en ello.

JULIETA.—Ya es hora de que yo hable. Señores, yo no tengo parientes y vivo sola en París. Me voy esta noche, y si Paquita quiere, que venga conmigo; viviremos juntas y seremos buenas camaradas.

PAQUITA.—¡Oh! ¡Será usted tan buena!...

ANTOLÍN.—Es una buena muchacha, ¿verdad, Domingo?

DOMINGO.—¡Demasiado joven!

PAQUITA.—Pero ¿y las lecciones? ¿Y los profesores? ¿Cómo agarlos? ¿Y comer?

ANTOLÍN.—Nosotros nos encargaremos de todo.

PAQUITA.—¡Pero si ustedes no tienen dinero!

ANTOLÍN.—Tenemos nuestros ahorritos.

PAQUITA.—¡Ah, amigos míos!

DOMINGO.—Nada de enter necerse, ¿eh? Me molesta mucho.

PAQUITA.—¡Qué bueno es usted, Domingo!

DOMINGO.—¡Yo no tengo nada de bueno!...

PAQUITA.—¡Casimiro!

CASIMIRO.—(A punto de llorar.) Yo también soy malo.

PAQUITA.—Antolín... Maestro... El pueblo no me era odioso el todo porque ustedes vivían en él. Pero... ¡cuántos sacrificios voy a imponerles! Conste que todo el dinero que me envíen ustedes yo se lo devolveré, cuando pueda, muy pronto.

LOS TRES.—¡Sí, sí!...

PAQUITA.—Porque yo ganaré pronto mucho dinero.

LOS TRES.—Claro, claro...

JULIETA.—Paquita, el tren sale dentro de dos horas. Hay que ir preparándose.

PAQUITA.—Mi baúl tiene bien poquito que hacer.

JULIETA.—Siempre entretiene.

ANTOLÍN.—Bajaremos todos a la estación.

DOMINGO.—Es mejor despedirnos aquí y ahora mismo. Es idiota ponerse a llorar delante de un tren.

PAQUITA.—(*Abrazándolos.*) Entonces..., hasta la vista.

ANTOLÍN.—Que seas muy formal, hija mía.

CASIMIRO.—No te olvides de mis lecciones... ni de mis consejos...

DOMINGO.—No tengas amistad con nadie. Desconfía de la gente de París; es mala gente.

PAQUITA.—¿Peor que la de este pueblo?

DOMINGO.—No... Pero hay más personas..., más peligros.

PAQUITA.—Me hubiese gustado decir adiós a todos sus bichos.

JULIETA.—No hay tiempo.

DOMINGO.—¿Si quieres dar un beso a Serapio?... Cipriano trae el conejito...

PAQUITA.—¿Y Bombón? No me acordaba de él.

JULIETA.—¿Quién es Bombón?

CASIMIRO.—Su perro.

DOMINGO.—El que quitó a la mujer que le estaba pegando.

PAQUITA.—Podría llevármelo, ¿verdad?

JULIETA.—¡Oh, no! En la casa donde vivo no admiten perros.

PAQUITA.—¿Y qué va ser entonces de mi pobre Bombón?

DOMINGO.—Yo me encargo de él y te prometo que estará bien cuidado.

CIPRIANO.—(*Entrando con el conejo.*) Aquí está el señor Serapio.

PAQUITA.—(*Besándolo.*) Hasta la vista, tesoro... Adiós, bonito, precioso...

DOMINGO.—No le emociones mucho, que tiene fiebre.

JULIETA.—Paquita, no podemos detenernos más.

PAQUITA.—Hasta que nos veamos. Me va a faltar todo: ustedes, Julio... Ustedes me darán noticias suyas... ¡Dios mío qué lejos voy a estar de todos!...

DOMINGO.—Escucha: para que tengas alguien que te haga compañía, ¿quieres llevarte a Gilito, el jilguero? Te le doy.

PAQUITA.—¡Ah, sí, sí!

DOMINGO.—Pues yo te lo bajaré a la estación.

CASIMIRO.—Y yo te regalo el azucarero con música... ¿Les parece a ustedes bien?

PAQUITA.—Y usted, Antolín, ¿no me da nada?

ANTOLÍN.—Sí, hija... Yo te doy mi bendición. (*Le da un rgo beso.*) Y anda, vete; vete y no me digas ni una palabra. ahora oyese tu voz, creo que me echaría a llorar..., y no lloero... Vete, hijita. (*Paquita y Julieta hacen mutis.*) ¡Ahosí que vamos a quedarnos bien solos!

CASIMIRO.—¡Muy solos!

ANTOLÍN.—Pero podemos decir que hemos hecho su felicidad.

DOMINGO.—¡Hum! ¡Cualquiera lo sabe!

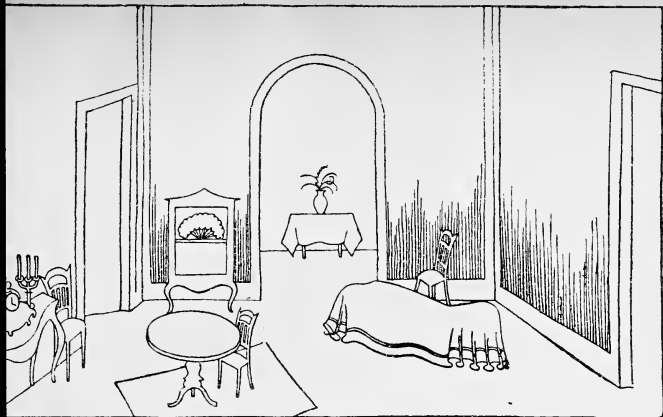
CASIMIRO.—Querido presidente, ¿damos forma legal a los huérfanos adoptados?

ANTOLÍN.—Me parece muy acertado. (*A Cipriano.*) Ujier, vamos a reanudar la sesión! (*Cipriano corre a colocarse la cadena al cuello. Antolín, Domingo y Casimiro se instalan en sus sillones. Cipriano llena el vaso de agua.*) ¡Se reanuda la sesión! Señores: Sería un extraordinario éxito para nosotros si se constase en acta, por unanimidad...

CASIMIRO.—¡Pido la palabra!

DOMINGO.—¡Para una cuestión de orden!

TELON



ACTO SEGUNDO

En el hall de invierno en el hotelito de Paquita Milet, en París. Plantas verdes por todas partes. Asientos rústicos y elegantes. Puertas a derecha e izquierda y en el foro.

ESCENA PRIMERA

JORGE, DANIEL y ANITA.

(Entra por el foro JORGE PAENER, con gabán, bastón y sombrero puesto. JORGE es un buen mozo de treinta y cinco años, de apostura enérgica. Entra seguido por DANIEL, criado muy correcto. Le da el bastón y el sombrero. DANIEL le quita el gabán. A ANITA, doncella muy elegante que acaba de entrar.)

JORGE.—¿Dónde ha ido la señorita?

ANITA.—No lo sé, señor. No me ha dicho nada.

JORGE.—¡Es raro! La gente cree que está enferma, y no le ha debido salir. *(A Daniel.)* Esos dos caballeros que están sentados en el saloncito de espera, ¿quiénes son?

DANIEL.—Los periodistas, señor. Están esperando el parte facultativo de la señorita.

ANITA.—*(Radiante.)* Y en todos los periódicos se habla muy

bien de la señorita. (*Cogiendo uno y leyendo.*) “El estado de salud de la señorita Paquita Milet, nuestra graciosa diva de opereta, que, como saben nuestros lectores, fué envenenada en circunstancias trágicas, va mejorando lentamente.”

JORGE.—(*Descontento.*) Deje usted eso... Y a los periodistas, dígales usted lo que quiera, y que se vayan.

ANITA.—Está bien, señor. (*Vase Anita por la derecha y Dniel por el foro.*)

ESCENA II

JORGE. Luego, MAGDALENA.

JORGE.—(*Coge el periódico que dejó Anita sobre la mesa y relee el contenido artículo, encogiéndose de hombros. Dentruena un timbre.*) ¡Ya está aquí Paquita! (*Suelta el periódico, se levanta de prisa y va hacia el foro; entra MAGDALENA.*) Buenas tardes, Paqui... ¡Oh!... ¡Perdón!

MAGDALENA.—(*Veinticinco años, bonita, modesta; entra con un rollo de música en la mano.*) Usted perdone, señor Paquer. ¿No está aquí la señorita Paquita?

JORGE.—No.

MAGDALENA.—Me dijo que viniese a las tres para acompañarla al piano.

JORGE.—Ya sabe usted que está un poco reñida con la puntualidad.

MAGDALENA.—La esperaré en el saloncito.

JORGE.—No; quédese aquí y siéntese. (*Se sienta en el borde de una silla, humilde y avergonzada.*)

MAGDALENA.—(*Tímidamente, después de una pausa.*) Me acordé mucho lo ocurrido a la señorita; pero veo que, afortunadamente, no es muy grave, puesto que ya ha podido salir.

JORGE.—¿Lo que le ocurrió?... ¿Qué ha sido?

MAGDALENA.—El envenenamiento. ¡Fué un crimen abominable!

JORGE.—(*Con acritud.*) ¿El envenenamiento?... Ella inventa esa historia inspirada por Bartel, ese empresario a la americana, según se dice él. Bartel la dice: “¡Ruido, ruido! ¡Que suen el nombre!” Y ella se lo cree, la pobre. Y por eso imaginado hacer que corra por los periódicos la historia que una de sus rivales había vertido un veneno en la copa de champagne. ¡Y la gente se lo ha creído! (*Violentamente.*) ¡Es ridículo todo esto!

MAGDALENA.—¡Oh, sí, señor!

JORGE.—Y todo lo hace para preparar su *début* en el *music-hall*.

MAGDALENA.—¿En el *music-hall*?

JORGE.—Parece mentira, ¿eh? Pues ahí la tiene usted; ese maldito Bardel quiere llevársela como estrella de *music-hall* América del Sur. ¡Las *tournées* de Bartel!... ¡Bonitas *tour-ées*! ¡Un burdel ambulante!

MAGDALENA.—(Con sobresalto.) ¿Es posible?

JORGE.—(Con violencia.) ¿A usted le parece bien que Paquita trabaje en una revista?

MAGDALENA.—No, señor, no.

JORGE.—Y no trabajará.

ESCENA III

DICHOS. PAQUITA, DANIEL y ANITA.

DANIEL.—(Abriendo la puerta y anunciando.) Señor, acaba de llegar la señorita.

PAQUITA.—(Entra muy ligera. Magníficamente vestida. La que Anita, a la cual da, mientras habla, el abrigo, el sombrero y los guantes.) ¡Ah! Hola, Jorge. ¿Cómo estás?

JORGE.—Bien. ¿Y tú?

PAQUITA.—¡Ah! ¿También está aquí Magdalena?

MAGDALENA.—Me dijo usted que viniese hoy, a las tres, para acompañarla al piano.

PAQUITA.—Es posible que se lo dijera, pero no sé si tenía gana de trabajar ahora.

MAGDALENA.—Volveré, si usted quiere.

PAQUITA.—No. Es mejor que espere usted. Quizá dentro de la hora me dé por estudiar... ¿Están bien sus pajaritos?

MAGDALENA.—Muy bien, señorita. Gracias, en su nombre.

JORGE.—¿Tiene usted pájaros?

MAGDALENA.—Sí, señor. Como soy sola, y al volver a casa tengo a nadie, me pongo muy triste... ¿Comprende el ser? Y he comprado unos canarios y dos petirrojos, y tengo un erizo, un gato y una tortuga chiquitita.

JORGE.—Ya tiene usted para entretenerse.

ANITA.—¿Cuántos cubiertos para esta noche, señorita?

JORGE.—Ya sabes que cenamos en el *restaurant*, con los modet y Burgon.

PAQUITA.—¡Ah, sí!... Es verdad. Se me había olvidado. Ya ha oído usted, Anita. No ceno en casa.

ANITA.—Muy bien, señorita. (Vase izquierda.)

PAQUITA.—Tengo muy poca gana de estudiar, Magdalena y creo que hasta después de la cena...

MAGDALENA.—¡Oh, no importa, señorita! Si no la molesto puedo esperar un poco; aquí estoy mejor que en mi casa, si usted me necesita, con llamarme... Podemos dar la lección a la hora que se le antoje.

PAQUITA.—Bueno. Como usted quiera.

MAGDALENA.—Pues con los criados estoy. (*Mutis izquierda*)

ESCENA IV

PAQUITA y JORGE.

JORGE.—Es simpática, ¿verdad?

PAQUITA.—Un poco estúpida.

JORGE.—Es una mujer sencilla y sin complicaciones. Me interesado su amor por los bichos... ¿A ti no? ¿En qué piensa?

PAQUITA.—En nada... Eso que has dicho de los bichos despertado en mí un lejano recuerdo. Ya te he hablado de ello otras veces... Aquellos tres buenos amigos que me enviaron a París.

JORGE.—¡Ah, sí!... El Club de los Chiflados...

PAQUITA.—Justamente. Uno de ellos, Domingo, no que más que a los animales... ¡Qué tipos tan graciosos!

JORGE.—¿No tienes noticias de ellos?

PAQUITA.—No. Al principio nos escribimos con frecuencia. Después les devolví el dinero que me habían prestado; esto hace más de un año... Luego fué pasando el tiempo. Ellos continuaron escribiéndome, pero yo no he tenido tiempo de contestarles.

JORGE.—Eres un poco ingrata, Paquita.

PAQUITA.—¿Con quién?

JORGE.—Con todo el mundo. Con eso amigos... Con Julie. No la has vuelto a ver.

PAQUITA.—¡Qué quieres, hijo! Hay que tomarme como soy. Si no soy buena es porque me han hecho volverme mala. Te he contado mi salida del pueblo: me echaron como a un perro sarnoso... Me separaron del hombre que yo quería, el único hombre que querré siempre; no me oculto para decirlo... Te lo conté todo antes de comenzar nuestras relaciones; no he sido desleal. Cuando tú me conociste, hace un año yo tenía el corazón lleno de rencor. No me he curado todavía..., ni creo que me curaré nunca.

ANITA.—(Por la derecha.) Señorita: ahí está la modista, y viene a probar los vestidos a la señorita.

PAQUITA.—Díla que voy dentro de un momento.

(Vase Anita.)

JORGE.—¿Qué vestidos son esos?

PAQUITA.—Prométeme no enfadarte ni dar voces.

JORGE.—Habla.

PAQUITA.—No he querido decírtelo, para evitar discusiones y disgustos; pero hoy ya no tengo más remedio. Hace ocho días que he firmado.

JORGE.—¿Qué?

PAQUITA.—El contrato para América del Sur, con Bartel.

JORGE.—¿Que has firmado! Pero...

PAQUITA.—(Deteniéndole.) Sé todo lo que vas a decirme. Yo lo has dicho ya. No me lo repitas.

JORGE.—¿Destrozar así tu carrera!... ¡Y por culpa de ese tuche de Bartel!

PAQUITA.—A mí me es igual todo lo que digan de él, con tal de que yo lleve un sueldo grande y sea la estrella de la revista... El va a lanzarme y sabrá hacerlo. Lleva números gordos y originalísimos. Entre otros, hay uno que cantaré en cada de focas.

JORGE.—(Avergonzado.) ¿De focas?

PAQUITA.—Figúrate el éxito. ¡Seré célebre al día siguiente!

JORGE.—¿Rodeada de focas!... ¿Y cantan las focas contigo?

PAQUITA.—¡No, ladran! Y hay una que toca las castañuelas.

JORGE.—¿Y cuándo es el viaje?

PAQUITA.—Dentro de tres semanas.

JORGE.—¿No te importa separarte de mí?

PAQUITA.—Ya hablaremos de esto más tarde... Ahora me voy esperando la modista, que trae el vestido que luciré en el primer acto de la revista... Es estupendo.

JORGE.—¿Puedo asistir a la prueba?

PAQUITA.—No, no. Hablaríamos, y me distraerías. Te llamaré cuando ya le tenga puesto. Hasta ahora. (Mutis por la izquierda.)

ESCENA V

JORGE, DANIEL. Luego, MAGDALENA.

JORGE.—(Llama al timbre y a poco sale DANIEL.) Diga usted a la señorita Magdalena que haga el favor de venir.

DANIEL.—Ahora mismo, señor. (Vase Daniel y entra MAGDALENA, al instante, por la izquierda.)

JORGE.—La he llamado porque tengo que darle a usted un noticia, y por cierto muy poco grata. La señorita ha firmado su contrato para América.

MAGDALENA.—¡Qué lástima!

JORGE.—Se va dentro de tres semanas. ¡Qué le parece usted!...

MAGDALENA.—¡Figúrese usted, señor! Aquí me ganaba sustento. Tendré que buscar otra colocación.

JORGE.—Eso no. Usted vendrá, como de costumbre, tres veces por semana. Yo le pagaré a usted un salario como si diera las lecciones. Y los días que yo pueda, vendré un momento para que charlemos de Paquita.

MAGDALENA.—Es usted muy bueno, señor.

JORGE.—De usted para mí, con franqueza... Paquita tiene talento, ¿verdad?

MAGDALENA.—Sí, señor.

JORGE.—Hay pocas voces como la suya, ¿no es eso?

MAGDALENA.—Conozco pocas tan completas. Las hay tan raras.. Algunas igual de flexibles; otras lo mismo de extensas. Pero reunir todas estas cosas, como ella, muy pocas.

JORGE.—¿Qué porvenir tenía? ¿Eh?

MAGDALENA.—¡Oh! Si ella hubiese querido...

JORGE.—¡Y dejarlo todo por el *music-hall*, por la revista por Bardel, por las focas!

MAGDALENA.—¿Por las focas?

JORGE.—No quiera usted saberlo... ¿Y con qué traje irá salir a escena? ¿Qué es lo que habrá inventado en compañía con su director?... Porque está probándose un vestigio. No ha querido que yo presencie la prueba... Tengo mi Magdalena... ¿Quiere usted hacer el favor de asomarse?

MAGDALENA.—¿Y si me regaña?

JORGE.—Vaya y tráigame noticias.

(Vase Magdalena por la derecha. Jorge queda solo y pone a pasear nerviosamente. Momentos después vuelve Magdalena, con los brazos en alto y toda asustada.)

MAGDALENA.—¡Oh, oh, oh!

JORGE.—¿La ha visto usted?

MAGDALENA.—Sí, señor. Y me ha dicho la señorita que le pare a usted.

JORGE.—Bueno, prepáreme usted.

MAGDALENA.—Tres dedos de tela...

JORGE.—¡Tres dedos!

MAGDALENA.—Y muchas plumas...

JORGE.—*(Con decisión.)* ¡Yo tengo que impedir eso! *(Mutis con Magdalena. La escena queda sola un instante; e*

guida se oye dentro el ruido de una discusión, que se acerca, creciendo, por el foro, y de pronto se abre la puerta violentamente y aparecen ANTOLÍN, DOMINGO y CASIMIRO empujando a DANIEL, que los mira entre furioso y perplejo. Los tres viejos vienen bizarramente vestidos con prendas desusadas. Antolín lleva sombrero de copa, Casimiro un paraguas japonés con puño gigantesco. Los tres entran agitadísimos.)

ESCENA VI

ANTOLÍN, CASIMIRO, DOMINGO y DANIEL

DANIEL.—Repito a ustedes que no se puede pasar.

DOMINGO.—Y yo le digo a usted que entraremos.

DANIEL.—¿Cómo les ha dejado pasar el portero?

ANTOLÍN.—También quería impedirnos la entrada, pero a empujones nos abrimos paso. (*Indignado.*) ¡No dejárnos pasar!... Ante todo, ¿cómo está Paquita?

DANIEL.—(*Rectificando.*) La señorita querrá usted decir.

DOMINGO.—La señorita si usted quiere, sí...

CASIMIRO.—¿Cómo está?

DANIEL.—Pues... muy bien.

LOS TRES.—(*Mirándose asombrados.*) ¡Ah!

DANIEL.—¿Y qué es lo que ustedes desean?

CASIMIRO.—Ver a Paquita.

DANIEL.—¿Ver a la señorita?

ANTOLÍN.—Sí, hombre, sí.

DANIEL.—Pero, ¿quién es usted?

ANTOLÍN.—Su padre.

DANIEL.—(*Un poco más respetuoso.*) ¡Oh, perdón entonces! Y estos caballeros?

DOMINGO.—Yo, su padre también... Y este señor... (*por Casimiro*), su padre.

DANIEL.—(*Aturrullado.*) ¡Ah!... (*Queriendo coger el paraguas que Antolín tiene.*) Si permite el señor...

ANTOLÍN.—No toque usted esto.

DOMINGO.—Diga usted a Paquita que queremos verla.

DANIEL.—¿A quién debo anunciar?

ANTOLÍN.—A los señores Domingo, Casimiro y Antolín.

DANIEL.—¿Quiere usted repetírmelo?

ANTOLÍN.—Dígale usted sencillamente que aquí están los tres señores, verá usted cómo lo entienda.

DANIEL.—Y yo también... Acabáramos. (*Aturdido.*) ¿Los tres señores, dice...?

DOMINGO.—Sí.

DANIEL.—(*Haciendo mutis por la derecha y dirigiéndoles una mirada inquieta.*) ¿Y qué vendrán a hacer aquí estos...?

CASIMIRO.—Ya lo habéis oído... “Que está muy bien”.

ANTOLÍN.—¿Qué quiere decir esto?

DOMINGO.—Con las mujeres siempre hay sorpresas. Ya desconfiaba yo... Por algo propuse enviar un telegrama pidiendo detalles... Pero Antolín se empeñó en el viaje.

ANTOLÍN.—Las noticias de los periódicos eran tan alarmantes...

DOMINGO.—¡Oh, los periódicos!... Desconfío yo de los periódicos.

ANTOLÍN.—Usted desconfía de todo.

DOMINGO.—Usted ha querido tomar la dirección del grupo. Seguro que nos arrepentiremos.

ANTOLÍN.—¿Y por qué nos hemos de arrepentir?

DOMINGO.—¿Sabemos siquiera si el tal señor Parner nos dejará ver a Paquita?

CASIMIRO.—Yo temo que no.

ANTOLÍN.—Reconozco que desde el día que Paquita comenzó sus relaciones con el señor Parner nos dejó a un lado.

DOMINGO.—¡Nos olvidó! Hable usted claro. (*Un reloj da la cinco con un timbre argentino y ligero.*)

CASIMIRO.—¿Eh? (*Que ya estaba cara al reloj cuando empezó a sonar.*) Ha dado cinco campanadas y son las tres. Este reloj está descompuesto. (*Va hacia el reloj, toca la pendolillo y desde este instante ya no tiene más preocupación que el reloj; lo mira, le examina, toca los resortes, hace, en fin, lo que un relojero en funciones.*)

DANIEL.—(*Entrando y respetuoso.*) La señorita me encargó que diga a ustedes que tengan la bondad de esperar un momento.

DOMINGO.—Dígame, ¿la señorita está enferma?

DANIEL.—¿Enferma?... Sí, en efecto... Está enferma sin estarlo, ¿me comprende? (*Viendo el paraguas sobre una silla y a recogerlo.*)

ANTOLÍN.—(*Cogiéndoselo.*) Le he dicho a usted que esto no se toca.

DANIEL.—Está bien. (*Mutis izquierda.*)

ANTOLÍN.—¿Está enferma sin estarlo!...

DOMINGO.—¿Entonces se trata de una mixtificación?

ANTOLÍN.—¿Domingo!...

DOMINGO.—¿Pues qué quiere decir entonces? Estaría bueno que por una broma o burla hubiese usted abandonado las clases sin permiso del director y que yo hubiese dejado mis asuntos en poder de Cipriano..., ¡que Dios sabe en qué estado me los voy a encontrar!

ESCENA VII

DICHOS y PAQUITA.

(Se oye dentro la voz de PAQUITA y sale rápidamente a escena con el vestido de la revista puesto; es decir, casi desnuda: un pedazo de seda y veinte mil lentejuelas de oro. En la cabeza un penacho de plumas enormes. Los tres amigos, sorprendidos ante aquel espectáculo inesperado, quedan llenos de estupor y mirándola con asombro. Paquita, asombrada también por la actitud de los viejos, queda un momento inmóvil.)

LOS TRES.—¡Eh!!...

PAQUITA.—Pero qué..., ¿no me saludan ustedes?

CASIMIRO.—*(Completamente atontado.)* Buenas tardes, señorita.

PAQUITA.—¿Qué es eso de señorita?

ANTOLÍN.—Buenas tardes, Paquita.

DOMINGO.—¡Hola, Paquita!

PAQUITA.—¿Pero es que no se acercan ustedes? ¿Por qué se han quedado así, tan asombrados?

ANTOLÍN.—Hay motivos... Ese vestido... Nosotros esperábamos ver a una enferma. Esta mañana hemos leído en los periódicos que te habían envenenado. Tomamos el primer tren; llegamos aquí llenos de inquietud...

PAQUITA.—*(Rompiendo a reír.)* ¿Envenenada yo?... Pero si ha sido una broma

DOMINGO.—¿Una broma?

CASIMIRO.—¿Y quién te ha dado esa broma?

PAQUITA.—Yo misma. Es un reclamo.

ANTOLÍN.—*(Seriamente.)* Y nosotros que te creíamos casi moribunda...

CASIMIRO.—¡Eso no se hace, Paquita!

PAQUITA.—¿Hubiesen ustedes preferido que fuese verdad?

DOMINGO.—¡Yo sí!

PAQUITA.—*(Riendo con menos fuerza.)* Reconozco a mi feroz amigo Domingo.

ANTOLÍN.—Y ese vestido, ¿qué significa?

PAQUITA.—Es un traje de revista.

CASIMIRO.—¿Entonces has dejado la opereta?

PAQUITA.—Sí.

ANTOLÍN.—¡Ah! *(Los tres viejos se miran, moviendo la cabeza con un silencio de protesta.)*

PAQUITA.—*(Con alegría fingida.)* Pero vamos a hablar de ustedes. *(Transición. Con voz agria.)* ¿Qué? Clermont seguirá lo

mismo, ¿verdad? Un nido de chismes, de maldad, de indecencias...

DOMINGO.—¡Siempre igual!

PAQUITA.—¿Y Durandel, el fabricante, siempre con la misma suerte? ¿Y la señora de Leblond... tan bruja?

ANTOLÍN.—¡No has olvidado nada!

PAQUITA.—No... Y de mí, ¿se acuerdan?

CASIMIRO.—Todo el pueblo está orgulloso de tus éxitos.

PAQUITA.—(*Asqueada.*) ¡Qué poca vergüenza! (*Cambiando de tono.*) Y... ¿Y Julio?

ANTOLÍN.—Se ha casado.

PAQUITA.—Ya lo sé. ¿Y es feliz? ¿Habla de mí alguna vez? (*Los tres amigos no responden.*) ¿No habla de mí?

ANTOLÍN.—(*Para cambiar la conversación.*) Paquita, ¿te acuerdas de que todos los sábados cenabas con nosotros?

PAQUITA.—Sí.

ANTOLÍN.—(*Tímidamente.*) Pues da la casualidad de que hoy es sábado... Y si quieres...

PAQUITA.—Esta noche es imposible. Ceno fuera de casa con unos amigos.

ANTOLÍN.—No hablemos de ello entonces. ¿Y mañana, puedes?

PAQUITA.—No sé... Es posible... Tengo tanto que hacer... Pero ustedes no se irán tan pronto...

ANTOLÍN.—Pensamos estar unos días... Pocos, dos... No sabemos. Depende... Pero no sabemos nada.

PAQUITA.—Pues entonces ya nos volveremos a ver y se arreglará alguna cosa. Agradezco mucho que se hayan acordado de mí.

DOMINGO.—Yo también te he traído un recuerdo del pueblo.

PAQUITA.—(*Tendiendo la mano.*) ¿De veras? ¡A ver! ¡A ver!

DOMINGO.—Lo he dejado ahí, en el vestíbulo.

PAQUITA.—(*Intrigada.*) ¿Y qué es? (*Los tres amigos cambian alegremente sus miradas ante la idea de la sorpresa que les van a dar. Domingo sale por la derecha y vuelve en seguida con un perro feísimo sujeto con una cadenita.*) ¡Uy! ¡Qué horror de perro! ¡Qué feísimo es!

DOMINGO.—¿Feísimo? ¿No te acuerdas de él?

PAQUITA.—No.

CASIMIRO.—“Bombón”... El perro que tú querías tanto.

PAQUITA.—¡Es horrible! Quitádmelo de delante. Me va a estropear los tapices con esas patas tan sucias.

DOMINGO.—¡Está bien! Nos lo llevaremos. Nosotros creíamos que te gustaría quedarte con él... Pero conste que tiene las patas tan limpias como tú y como yo.

PAQUITA.—¿Y qué haría yo con esa facha de perro, teniendo
mo tengo un griffón de pura raza?

DOMINGO.—A lo mejor se cree él que es griffón... ¡Este es
ás inteligente!

(*Entra JORGE.*)

ESCENA VIII

DICHOS y JORGE.

PAQUITA.—Ven, Jorge. Voy a presentarte a mis tres amigos
l pueblo.

(*Al principio queda Jorge un poco perplejo ante el grupo
zarro de los tres viejos y el perro, pero en seguida va hacia
os, con las manos tendidas.*)

JORGE.—Encantado. (*Los tres viejos le estrechan la mano,
sconfiados y en silencio.*) ¡Tantas veces como me había ha-
ado Paquita de sus tres amigos! (*Los tres souríen y murmu-
n vagas palabras de cortesía.*) ¿No vas a quitarte ese vestido?

PAQUITA.—(*Avergonzada.*) Sí... Voy a quitármelo; y te rue-
que no te ocupes tanto de mis asuntos del teatro. Cuando tú
ás en tus negocios, yo no me mezclo en nada... Hasta
ora... (*Mutis derecha. Silencio embarazoso en los cuatro.*)

JORGE.—Siéntense ustedes.

TODOS.—No, no... Gracias.

JORGE.—(*Yendo a tocar el timbre.*) Sí, sí; no faltaba más...
tomaremos alguna cosa... Una copa de coñac. (*Los tres ami-
s se miran avergonzados y sin responder.*) ¿Prefieren us-
les whisky?...

(*Se oye en la izquierda un grito agudísimo, y entra ANITA
y asustada.*)

ESCENA IX

DICHOS y ANITA. Luego, MAGDALENA.

JORGE.—¿Qué le pasa a usted, Anita?

ANITA.—¡Ay, señor!... Ahí, en el pasillo... Que he dado un
opezón...

JORGE.—¿Qué es ello?

ANITA.—Yo creo que es un bicho...

DOMINGO.—¿Un bicho? (*Inquieto, se lleva la mano al bol-
lo del gabán y sonríe tranquilizado.*)

JORGE.—Vaya usted a buscarlo.

ANITA.—¡Oh! ¿Yo tocarlo?... En la vida.

DOMINGO.—Yo iré a ver qué es. ¿Dónde está?

ANITA.—Aquí, señor. *(Sale un momento con Domingo y ven en seguida, trayendo él con mucho cuidado una tortuguita)*

DOMINGO.—Es una tortuga. Y preciosa. *(Haciendo monerías como a un bebé.)* Ti, ti, ti. No me conoces, ¿verdad? ¡Moni!

ANITA.—Me ha hecho daño en el pie.

DOMINGO.—También usted le ha hecho daño a ella.

JORGE.—¿De dónde ha podido salir este bicho?

(Entra MAGDALENA mirando por el suelo con mucha curiosidad, y al levantar los ojos se da cuenta de que no está sola en el hall. Jorge, sonriendo, le señala las manos de Domingo)

MAGDALENA.—¡Ay, señor, no le haga daño!

DOMINGO.—*(Indignado.)* Yo hacer daño a un animal... ¡usted no me conoce, señora!

MAGDALENA.—Se la estaba enseñando a los criados... La llevo siempre conmigo porque es mi buena suerte. De todos los animalitos, es el preferido.

DOMINGO.—¿Tiene usted otros?

MAGDALENA.—Tengo muchos pájaros, un erizo, un gato... A la ra el erizo está malo.

DOMINGO.—Es un bicho muy delicado ése. Yo tengo tres. La hembra se llama Sofía.

MAGDALENA.—¿A usted también le agradan los animales?

DOMINGO.—Tengo cuarenta y dos en mi casa del pueblo he traído conmigo un conejito que requiere cuidados particulares: tiene una patita rota. *(Llevándose a Magdalena a un rincón.)* ¡Voy a enseñárselo a usted! *(Los dos se sientan. Domingo saca del bolsillo un conejito de Indias, con una patita vendada. Entablan una conversación tan interesante para él que el mundo exterior ha desaparecido a sus ojos. Casimiro, que se ha decidido a componer el reloj, lo examina muy detenidamente, y al fin saca del bolsillo unos cuantos pequeños instrumentos, incluso su lupa de relojero, y se dispone a armarlo.)*

ANTOLÍN.—No insista usted; que no traiga nada la doncella. Es inútil...

JORGE.—Está bien. ¿Qué, hablaron ya con Paquita?

(Vase Anita.)

ANTOLÍN.—Sí, señor... Ya la hemos visto. *(Pausa.)* ¿Qué le ha hecho usted de Paquita, caballero?

JORGE.—¿Yo?

ANTOLÍN.—Antes de conocerle a usted, era más afectuoso. Contestaba más cariñosamente a nuestras cartas. Por usted se olvidó de nosotros... ¡Y cómo la encontramos, señor!

historia del envenenamiento!... ¡Ese traje!... ¡Usted la ha pervertido!...

JORGE.—Se equivoca usted. Sucede todo lo contrario... Créame. Constantemente la recordaba y o que tenía que contestarles a sus cartas. Y todo el reclamo del veneno y del *music-hall*, ¡si ustedes supieran cuánto lo he combatido!

ANTOLÍN.—Perdone usted, entonces... ¡Pero la he encontrado tan cambiada!...

JORGE.—Pero ignora usted cosas todavía peores. Quiere irse a América para cantar en un escenario de circo, medio desnuda y rodeada de focas.

ANTOLÍN.—¡Oh!

JORGE.—Se ha vuelto seca, egoísta, desagradable... No quiere a nadie...

ANTOLÍN.—(*Sofocado.*) Entonces, ¿cómo puede usted vivir con ella?

JORGE.—Porque en el fondo es buena.

ANTOLÍN.—Señor Parner, es preciso que yo hable con Paquita. ¿Podría ser?

JORGE.—Sí, señor; en cuanto venga. Les propondré a ustedes visitar el hotel. Usted se niega a acompañarnos, por cualquier motivo; nosotros nos vamos, y ustedes se quedan solos.

ANTOLÍN.—Domingo... Domingo... ¿No me oye?

DOMINGO.—(*Que ríe con Magdalena. Vuelve la cabeza.*) Me está contando que tiene un petirrojo que cuando se le grita "¡Pum!", cae y se hace el muerto.

ANTOLÍN.—Venga usted; se trata ahora de cosas más serias. Casimiro, venga usted también... ¿Oye usted, Casimiro?

CASIMIRO.—(*Dejando el reloj.*) Voy.

ANTOLÍN.—¡Deje usted el reloj, hombre! (*Se reúnen los cuatro hombres.*) Amigos míos: Paquita está enferma, muy enferma; no como nosotros lo creíamos, sino mucho más. Hemos hecho muy bien en venir, porque ella nos miente. El señor Parner les dirá a ustedes todo. Ahora, delante de ella, nos propondrá visitar el hotel; ustedes aceptan, y yo me quedo para hablar con Paquita.

CASIMIRO.—Está bien.

DOMINGO.—Comprendido.

ESCENA X

DICHOS y PAQUITA.

PAQUITA.—(*Sale con el vestido del principio del acto.*) Ea ya puedo charlar con ustedes un rato.

JORGE.—Les estaba proponiendo que vieran el hotel.

PAQUITA.—Pues vayan ustedes.

ANTOLÍN.—Yo estoy un poco cansado; preferiría quedarme aquí.

JORGE.—Como usted guste. ¿Vienen ustedes?

DOMINGO.—Sí. (*A Magdalena.*) ¿Usted no se va todavía?

MAGDALENA.—No, señor. Yo me vuelvo con los criados.

JORGE.—(*A Casimiro.*) Y usted, ¿viene?

CASIMIRO.—(*Con pesadumbre.*) Sí... El reloj no marcha bien todavía... ¿Puedo llevármelo?

PAQUITA.—(*Riendo.*) Sí, hombre, sí.

CASIMIRO.—Necesitaría un destornillador.

JORGE.—Ahora le daremos a usted todo lo que necesite; ¡Vamos! (*Jorge hace mutis con Casimiro, Domingo y Magdalena, por la derecha.*)

ESCENA XI

PAQUITA y ANTOLÍN.

ANTOLÍN.—Ven a sentarte a mi lado... Llevamos ya dos años sin vernos. Mucho tiempo, ¿verdad? Estás muy guapa... y este vestido me gusta más que el de antes.

PAQUITA.—Sería difícil representar una revista con este vestido.

ANTOLÍN.—Sí, claro... Una revista... (*Con ansiedad un poco disfrazada.*) ¿Y es verdad que te vas a América?

PAQUITA.—Es verdad. Y volveré, aunque le haya dicho Jorge otra cosa.

ANTOLÍN.—Pero podrías no volver.

PAQUITA.—Si me muero o si encuentro allí una posición brillante, de mucho dinero; porque en América se gana mucho y aquí... ¿Sabe usted lo que yo gano aquí? Trescientos francos por representación. Como la gente va al teatro por mí, por verme, he pedido más sueldo, y no me lo dan. Y otro empresario me ha firmado un contrato para América, con ochocientos francos diarios y un tanto por ciento en los beneficios de

tournée. No diga usted a nadie que son ochocientos francos, porque en el contrato hemos puesto mil doscientos.

ANTOLÍN.—¿Por qué mentir?

PAQUITA.—Por el reclamo. Yo cuido mucho el reclamo porque es muy importante. Está especificado en el contrato que el nombre se pondrá en el cartel con letras más grandes que los demás artistas, y en cada gran ciudad que visites habrá que poner carteles con mi retrato, de un metro de altura y a razón de cuarenta *affiches* por cada diez mil habitantes. ¿Qué, le sorprende a usted?

ANTOLÍN.—Lo que me sorprende es oírte hablar de beneficios, de tantos por ciento... De contratos... De reclamos a tanto por habitante... De letras grandes... Parece que se trata de lanzar a la venta un licor... Antes eras una mujer muy diferente.

PAQUITA.—¿Ya lo creo! (*Con orgullo.*) ¡Ya no soy la provinciana de otro tiempo! (*Levantándose.*)

ANTOLÍN.—A mí me gustaba más aquella provinciana.

PAQUITA.—Pues llévela usted luto, porque ya no volverá a verla más... Murió... La mataron hace un año.

ANTOLÍN.—¿Un año?

PAQUITA.—Trece meses, exactamente, el veinticuatro de Abril ¿o le recuerda nada esa fecha?

ANTOLÍN.—No.

PAQUITA.—Es el día que se casó Julio. Tomo venganza en los hombres de todo lo que he sufrido.

ANTOLÍN.—Pero eso es monstruoso. No lo comprendo.

PAQUITA.—No lo comprende, porque usted tiene un alma de niño. Yo también era así antes... Estuve mucho tiempo en Papá para hacerme digna de Julio y casarme con él... Era mi única ilusión, mi sola razón de vivir..., y un buen día me escribió una carta en la que me decía que le obligaban a casarse... ¡Ese día se rompió algo dentro de mí: el alma, el corazón! No sé... Las ilusiones, el ideal, ¡lo que fuera! Ese día decidí cambiar de vida... ¡Se acabaron las privaciones!... Se presentó Jorge. Era rico, generoso. ¡Qué más daba! Y por eso mi cabeza no cruzó más que un pensamiento: hacer caer sobre los hombres todo el mal que ellos, antes, me habían hecho.

ANTOLÍN.—¿Paquita!

PAQUITA.—Eso es lo que usted me aconsejó el día que salí del pueblo. Usted me dijo: ¡Véngate!

ANTOLÍN.—Pero no así. Yo te dije que podías vengarte haciéndote una gran artista.

PAQUITA.—Ya soy una artista.

ANTOLÍN.—¿Una artista tú, y no te oigo hablar más que dinero y de reclamo?

PAQUITA.—El arte ahora es eso...

ANTOLÍN.—¡Qué ha de serlo!

PAQUITA.—Pues ¿qué es entonces?

ANTOLÍN.—Es... es... es... Yo no lo sé... *(Paquita ríe.)* decir, sí lo sé... Es... Un pobre viejo fracasado no puede serlo. Pero antes, en mi juventud, el arte era tener ideas aquí. *(Señalándose la frente.)* Yo las tenía y querían salir, pero no sabía cómo expresarlas... Igual que me sucede ahora... creo que el arte es algo que está por encima de las cosas cotidianas de la vida..., de las vanidades... Algo sublime... Esa es la palabra: ¡sublime! Y el que es artista, como tú, debe tener un alma grande y noble, ¡divina!, para entregársela al público.

PAQUITA.—*(Estallando de risa.)* Pero... ¿qué dice usted? ¿Un alma divina?... Usted me toma por una diosa.

ANTOLÍN.—Eso es, sí. Los artistas son semidioses... Yo veo así. Sienten más que nosotros, sufren más que nosotros, pero... ¿qué importa, puesto que ellos tienen un ideal que no suela de todo? *(Se levanta.)*

PAQUITA.—*(Riendo cada vez más fuerte.)* ¡Qué divertido! ¡Semidioses! Es para morir de risa... Sigue usted siendo el mismo... El presidente del Club de los Chiflados...

ANTOLÍN.—Paquita... Estabas muy alta en mis sueños y que has caído demasiado bajo. Hablas como una comicu vulgar y despreciable.

PAQUITA.—*(Furiosa, y en voz alta.)* ¿Yo comicucha?... despreciable? Si ha venido usted a París para decirme eso pongo usted haberse quedado en casa. *(JORGE y DOMINGO acuden con ruido de las voces, oyen las últimas palabras y ven que Antolín cae en un sillón.)*

DOMINGO.—*(Corriendo al lado de Antolín.)* ¿Qué es esto? ¿Se ha puesto malo?

JORGE.—Quizá el calor que hace aquí...

ANTOLÍN.—Sí, sí. El calor...; un mareo... Vámonos...

DOMINGO.—Que busquen un coche.

JORGE.—Soy con ustedes en seguida. *(Jorge hace mutis, vándose del brazo a Antolín.)*

ESCENA XII

PAQUITA y DOMINGO.

DOMINGO.—*(Con voz queda.)* Tus palabras han debido causar un golpe mortal para Antolín. No debió moverse de su

ora volverá a ella; pero si le sucede algo tú eres la única responsable.

PAQUITA.—(*Fuera de sí.*) ¿Quiere usted marcharse a paseo? Soy ya harta de sermones.

DOMINGO.—Ya me voy... Pero no sin decirte antes que lo más odioso en el mundo es la ingratitud.

PAQUITA.—Esperaba oírlo. La ingratitud... ¿Usted también? Pero que han hecho ustedes por mí para que yo les deba ser tan agradecida? Ustedes me enviaron a París. Cierto. Y ya le he dado muchas veces las gracias en mis cartas. Ustedes proporcionaron el dinero necesario para vivir hasta que lo ganase, y yo estimé infinitamente este gesto...; pero ya devolví el dinero íntegramente...

DOMINGO.—(*Con tono muy burlón.*) Sí..., sí...

PAQUITA.—¿Es que acaso no lo han recibido ustedes?

DOMINGO.—Sí..., sí...

PAQUITA.—En fin de cuentas, yo también podría quejarme diciéndoles que me habían olvidado; hace un año que no tenía noticias de ustedes y no se han molestado en venir a oírme ni una vez siquiera.

DOMINGO.—(*Siempre burlón.*) ¿Lo crees tú así? Bueno...

PAQUITA.—Habla usted con reticencias y a mí me gustan las cosas claras. Si tiene usted algo que decir dígame, pero con franqueza.

DOMINGO.—No me comprenderías. Yo creía, antes, que valía más que las otras mujeres, y me he engañado... No hay ninguna que valga la pena de ocuparse de ellas... Es decir, esta casa puede que haya una, pero no eres tú... Y adiós. No nos escribas; y, sobre todo, ni una palabra a Antolín, para que no se vuelva a acordar de nada el pobre viejo... y pueda darme todo...

PAQUITA.—Pero... ¿qué es lo que ha de olvidar?

DOMINGO.—Lo primero, a ti... Luego, lo que ha hecho por ti... que hemos hecho!... Porque yo también sentía un gran cariño por ti...; pero todo pasará. Adiós. (*Va hacia el foro.*)

PAQUITA.—(*Turbada.*) Domingo...

DOMINGO.—¡Adiós! (*Vase sin hacerla caso.*)

ESCENA XVI

PAQUITA y CASIMIRO.

Paquita se queda preocupada y entra CASIMIRO por la derecha, muy sonriente, con el reloj en una mano y la péndola en la otra.

CASIMIRO.—Ya está arreglado. Escucha, son las seis. (*Suenan seis campanadas en el reloj.*)

PAQUITA.—Muy bien.

CASIMIRO.—¿Y Antolín?... ¿Y Domingo?... Creí que estaban aquí.

PAQUITA.—Están en esa habitación... Ahora vienen. Siéntese usted un momento.

CASIMIRO.—(*Sentándose.*) Voy a poner la péndola al relojito.

PAQUITA.—¿De modo, Casimiro, que ustedes tienen secreto para mí?

CASIMIRO.—¿Yo?

PAQUITA.—Bien sé lo que me digo... ¿Es esta la primera que ha venido usted a París para verme? La verdad.

CASIMIRO.—La primera... Yo... Para qué hablar de eso... ¿Te han dicho algo?

PAQUITA.—Todo.

CASIMIRO.—Pues habíamos convenido en no decir ni una palabra para que no te disgustases.

PAQUITA.—Domingo me ha hablado de ello, pero sin detalles. Cuénteme usted, cuente...

CASIMIRO.—Pues hace un año, cuando debutaste con "hija de madame Angot", no pudimos contenernos. Pedimos dinero prestado para pasar tres días en París y aquí nos vimos. Tomamos billetes en el teatro para las tres noches siguientes... Estuvimos en la última fila de butacas y no se nos vio. A mí me daban ganas de gritar a cada momento: nuestra amiga Paquita! ¡Somos sus protectores!...

PAQUITA.—¿Y por qué no vinieron ustedes a hablarme?

CASIMIRO.—Sí vinimos. Al día siguiente de llegar y oír por primera vez. Nos presentamos en la puerta de este hotel—ya tenías hotel propio—y no nos dejaron pasar.

PAQUITA.—Haber insistido.

CASIMIRO.—No nos atrevimos. El portero nos dijo que tenía órdenes terminantes del señor Parner para que no te visitara nadie.

PAQUITA.—¿Y se marcharon ustedes?

CASIMIRO.—¡Claro! Con mucha pena. Antolín se echó a llorar, porque ya sabes que es como un niño. Y cuando llegamos al pueblo no se lo dijimos a nadie. ¡Ca! ¡Al contrario! Dijimos que nos habías recibido maravillosamente; que habías dado una gran comida en nuestro honor, con muchas flores en la mesa y la vajilla de plata y criados de frac. (*Riendo.*) Pero se habló en el pueblo de otra cosa en tres semanas.

PAQUITA.—¿Y por qué no me escribieron ustedes al volver al pueblo?

CASIMIRO.—No valía la pena. ¿Como no nos contestabas!

PAQUITA.—Tiene razón. Pero dígame: ¿por qué tuvieron ustedes que pedir dinero prestado para venir a París? ¿Tanto necesitaban?

CASIMIRO.—(*Avergonzado.*) No... Pero...

PAQUITA.—Dígame usted la verdad.

CASIMIRO.—Es que... preguntas unas cosas... (*Levantándose.*) Pero... ¿no viene Antolín?

PAQUITA.—Síntese. ¿Por qué no tenían ustedes dinero?

CASIMIRO.—Mujer..., porque estábamos entrampados.

CASIMIRO.—Por culpa mía, ¿verdad?

CASIMIRO.—Sí. Como mandábamos a Julieta el dinero para tu manutención, y para pagar las lecciones, y para vestirte... (*Riendo.*) Y como cuestan tanto los vestidos en París y a ti te gustaba cambiar mucho de trajes...

PAQUITA.—Entonces lo que ustedes me mandaban a primero y segundo mes...

CASIMIRO.—No bastaba para todo. Había que enviar luego el doble..., el triple...

PAQUITA.—Así, pues, cuando yo les devolví el dinero ¿no les reembolsé de todo lo que les debía?

CASIMIRO.—¡Ni mucho menos!

PAQUITA.—En total... ¿Cuánto me han enviado ustedes?

CASIMIRO.—¡Ah! Yo no sé nada. A mí no me lo decían, con el pretexto de que soy un charlatán... Figúrate...

PAQUITA.—Julieta sí lo debe saber.

CASIMIRO.—¡Naturalmente! Todos los giros venían a nombre de ella.

PAQUITA.—Nunca me habló una palabra de esto.

CASIMIRO.—¡Cómo que le habíamos recomendado el secreto más absoluto y, por lo visto, lo ha guardado bien! Es una mujer muy buena y de muy buen corazón... Yo no me he olvidado de ella, y tú... ¿la sigues viendo con frecuencia?

PAQUITA.—(*Confusa.*) Con una frecuencia... relativa. (*Pausa.*) De modo que pensabais en mí los tres?... ¿Hablabais de mí?

CASIMIRO.—Todos los días... Y, sobre todo, cuando trabajabas. Toda la tarde nos la pasábamos diciendo: "Con tal de que en la función de esta noche cante bien." Y por la noche Antolín traía la partitura que tú ibas a cantar y se sentaba al piano. A la hora que señalaba el programa, Cipriano hacía la señal y se descorrían las cortinas. Antolín atacaba el preámbulo, y nosotros decíamos: "Ahora está en la romanza... hora en el dúo." Antolín tocaba... y nosotros como si te

estuviésemos oyendo. (*Paquita se seca las lágrimas sin que lo note Casimiro.*) ¿Y la emoción y el miedo..., el terror que teníamos los días de estreno? Tres días antes no dormíamos y al día siguiente de estrenar devorábamos los periódicos. Cortábamos los artículos y los tenemos pegados en un álbum con muchas fotografías tuyas; las tenemos todas. Hemos hecho un arreglo con un fotógrafo de aquí para que nos las envíe y por cierto que nos costó mucho trabajo conseguir esto. Pensamos pedirte a ti misma los retratos, pero no nos atrevimos. No hubiera sido discreto, ¿verdad?

PAQUITA.—(*Muy emocionada y muy turbada.*) ¡Discreto!... ¡Y yo que no sabía nada!... ¿De modo que ustedes me quieren tanto?

CASIMIRO.—Mucho... Y Antolín, sobre todo. Nosotros te queremos; pero él... No sé cómo explicártelo... No es la misma cosa. Cuando leyó en los periódicos que estabas enferma, se puso pálido y con los ojos hundidos dijo: "Vámonos a escape." Nosotros le dijimos que era una imprudencia.

PAQUITA.—Imprudencia..., ¿por qué?

CASIMIRO.—Pareces tonta. El es profesor; hace falta pedir permiso al director del Liceo para dejar la clase, y con este director, que es un chinche retrógrado, pues hasta podía perder Antolín la cátedra.

PAQUITA.—Diga usted, Casimiro: y si hablando yo con Antolín... Es una suposición absurda; pero... vamos... Si un día le maltratase yo...; si le hablase con desdén..., ¿cree usted que sufriría mucho?

CASIMIRO.—(*Con gran sencillez.*) ¡Se moriría!

PAQUITA.—(*Sobrecogida.*) ¡Ah! (*Corre al timbre y llama.*) ¡Dios mío, no hay que perder un minuto!... ¿Dónde para ustedes?

CASIMIRO.—En el hotel del Cuadrante...

PAQUITA.—¿Está lejos de aquí?

CASIMIRO.—Unos diez minutos.

PAQUITA.—Pues corra usted a buscarlos..., porque he mentido. Antolín y Domingo no están aquí, se han ido al hotel querían irse a Clermont esta misma noche; pero es necesario que yo les vea antes... Tráigamelos usted a casa..., pero pronto.

CASIMIRO.—(*Asustado.*) Estoy seguro de haber contado cosas que debía callar.

PAQUITA.—Vaya usted por ellos en seguida. ¡Por Dios! (*Voy con él hasta el foro.*)

CASIMIRO.—No les digas nada de lo que hemos hablado. Dirían que soy un charlatán, y bien sabe Dios que no es verdad.

PAQUITA.—Descuide... Pero corra usted...; pronto..., ande.

CASIMIRO.—(*Después de hacer mutis vuelve.*) Al relojito le den cuerda despacio, porque tiene un mecanismo muy delicado.

PAQUITA.—Está bien. Sí... Vaya..., vaya usted... (*Le empuja fuertemente; Casimiro se va.*)

ESCENA XIV

PAQUITA, ANITA. *Luego, MAGDALENA.*

PAQUITA.—(*A ANITA, que salió por la izquierda.*) ¿No ha vuelto el señor?

ANITA.—No, señorita. ¿La señorita no va a vestirse para la cena?

PAQUITA.—¡Ah, sí..., la cena! ¿Se ha ido Magdalena?

ANITA.—No, señorita; ahora se estaba poniendo el sombrero para irse.

PAQUITA.—Dígale que venga inmediatamente. (*Vase Anita y vuelve en seguida con Magdalena.*)

MAGDALENA.—(*Con el sombrero puesto.*) ¿Quería usted dar la noticia ahora?

PAQUITA.—No se trata de eso. ¿Sabe usted donde vive Julieta?

MAGDALENA.—Sí, señora; bien cerca de aquí.

PAQUITA.—Pues tome usted un "taxi" y que venga con usted, está en su casa. Necesito verla..., pero a toda prisa... Corra..., corra... (*Magdalena se va muy de prisa por el foro; pero apenas ha desaparecido, Paquita la llama.*) Magdalena...

MAGDALENA.—(*Volviendo ligerísima.*) Señorita...

PAQUITA.—Yo tengo una voz muy bonita, ¿verdad?

MAGDALENA.—(*Asombrada.*) Preciosa, señorita. Una voz divina...

PAQUITA.—Y si yo hubiese querido educarla mejor y trabajar...

MAGDALENA.—Sin rival!

PAQUITA.—¡Qué lástima..., qué lástima! Dese usted prisa, Magdalena... Tráigame usted a Julieta... (*Entra JORGE y vase Margarita precipitadamente.*)

ESCENA XV

PAQUITA y JORGE.

PAQUITA.—¡Ah! Jorge. ¿Dónde están?

JORGE.—Yo mismo los he dejado en su casa.

PAQUITA.—¿Te han hablado? ¿Qué te han dicho?

JORGE.—Nada. Antolín estaba como aniquilado y Domingo apretaba la boca y no decía nada. Yo no me he atrevido a preguntarles. ¡Si tú supieras en qué hotel se han alojado! A mí me parece que tus amigos no están en la miseria.

PAQUITA.—Sí lo están; sí, Jorge... Y por culpa mía. (*Solloza*)

JORGE.—¿Por culpa tuya?

PAQUITA.—Pero repararé el mal que he causado... Lo repararé. He mandado llamar a Julieta y he dicho que venga mis tres amigos.

JORGE.—Y a Julieta, ¿para qué?

PAQUITA.—Ya lo verás... Quiero repararlo todo..., todo. Acaba de trastornarse por completo mi vida y... (*Bruscamente.*) Te participo que renuncio al *music-hall*.

JORGE.—(*Estupefacto.*) ¿Qué dices?

PAQUITA.—Que renuncio al *music-hall*..., a Bartel..., a América... ¿No está bien claro?

JORGE.—¿Pero si has firmado el contrato!...

PAQUITA.—Podría deshacerse pagando a Bartel una indemnización.

JORGE.—¿Con qué gusto la pagaría yo!

PAQUITA.—¿Qué bueno eres, Jorge! ¡Cuánto debía yo queerte! Para ti es una desgracia el haber tropezado conmigo. Tú mereces una mujer más buena que yo. ¿Por qué no buscas?

JORGE.—(*Sonriendo.*) ¡Lo pensaré!

PAQUITA.—(*Como una niña mimada.*) No, Jorge, no; no abandones... ¡Tengo tanta necesidad de tus consejos!

JORGE.—Esas palabras me recompensan de todo lo que hecho por ti y no pido nada más.

DANIEL.—(*Por el foro.*) La señorita Magdalena acaba de ir a salir con otra señora.

PAQUITA.—Espere un momento. (*A Jorge.*) ¿Quieres dejarme sola con Julieta? (*Rápido mutis de Jorge, por la derecha. A Daniel.*) Dentro de poco los tres señores y el perro que vieron antes, volverán. Trátelos usted con el mayor respeto. ¿Oye usted, Daniel? Con el mayor respeto, porque son mis tres amigos.

DANIEL.—Yo soy respetuoso siempre, señorita.

PAQUITA.—Que pase la señorita Magdalena y la señora que le acompaña, y dígame usted a Anita que recoja todas las cosas que me las traiga. (*Vase Daniel.*)

ESCENA XVI

PAQUITA, JULIETA y MAGDALENÁ.

JULIETA.—(*Entrando con Magdalena y quedándose un poco
cilante en la puerta.*) Magdalena ha ido a buscarme de tu
rte... Aquí me tienes. ¿Qué deseas?

PAQUITA.—Julieta, ¿no puedes venir a abrazarme primero?

JULIETA.—¿Por qué no? (*La abraza fríamente.*)

PAQUITA.—(*Besándola repetidamente.*) ¡Toma, toma y toma!

JULIETA.—Pero... ¿qué tienes?

PAQUITA.—Pues que no sé cómo disculparme contigo. ¡Cuán-
tiempo hace que no te veía!... ¿Seis meses?

JULIETA.—Ocho.

PAQUITA.—(*A Magdalena, que intenta irse.*) No se vaya us-
l, Magdalena; siéntese.

MAGDALENA.—Como usted mande, señorita. (*Se sienta dis-
tamente en un rincón.*)

PAQUITA.—¡Ocho meses!... ¿Y qué ha sido de ti en ese tiem-
?... Cuéntame, mujer.

JULIETA.—Son cosas poco agradables... Mi novio me dejó
ntada y el teatro donde yo trabajaba se cerró.

PAQUITA.—¡Pobre Julieta! Yo te buscaré un contrato, y bue-
Te debo este pequeño favor después de tantos como tú
has hecho.

JULIETA.—No hablemos de eso ahora.

PAQUITA.—Al contrario; quiero que hablemos de ello. Sé
e he sido muy ingrata contigo... y con mis amigos los pobres
flados.

JULIETA.—Con ellos sí has sido muy ingrata.

PAQUITA.—He sido cruel, lo confieso... ¿Oye usted, Magda-
a? He sido cruel. (*Con violencia.*) ¡Muy cruel!

MAGDALENA.—(*Asustada y queriendo irse.*) Yo... Señorita...

PAQUITA.—(*Sentándola a la fuerza.*) Siéntese, le digo. Quie-
que lo oiga usted todo. Empezar mi expiación.

JULIETA.—¿Tu expiación? Pero... ¿qué te ha pasado, así, de
bente?

PAQUITA.—Que los he visto.

JULIETA.—¿A quién? ¿A los chiflados?

PAQUITA.—Sí; están en París.

JULIETA.—¿Casimiro también?

PAQUITA.—También... Y me ha hablado de ti.

JULIETA.—Es un viejo muy alegre. Es uno de mis mejores
uerdos.

PAQUITA.—Pues volverás a verle. Van a venir los tres aquí

dentro de unos minutos. Dime, Julieta, ¿te enviaron mucho dinero para mí?

JULIETA.—(*Titubeando.*) No... Mucho, no...

PAQUITA.—Sí. Me lo ha dicho Casimiro, y es inútil que trate de ocultármelo. ¿Cuánto enviaron en total?

JULIETA.—Aproximadamente, unos sesenta mil francos.

PAQUITA.—¡Sesenta mil francos!

JULIETA.—Gastabas mucho... Se te antojaba todo... Y cuando tenías capricho de un vestido, yo les escribía y ellos me enviaban el dinero.

PAQUITA.—Y lo que yo gastaba era el dinero, el pobre dinero de mis viejos. Soy una mujer mala. (*Violentemente a Magdalena.*) ¿Lo oye usted? ¡Soy muy mala!

MACDALENA.—(*Resignada.*) Sí, señorita... Es usted... Es decir, no, no lo es... No sé lo que me digo.

ANITA.—(*Entrando por la izquierda con un cofrecito y esbaldada.*) Aquí están las joyas que me ha pedido la señorita.

PAQUITA.—Póngalas usted ahí encima. (*Anita las pone sobre una mesita y se va por la derecha.*)

JULIETA.—¡Tus joyas! ¿Y qué vas a hacer con ellas?

PAQUITA.—Venderlas. Voy a darte las señas de mi joyero.

JULIETA.—¿Venderlas? ¡Tú estás loca! ¿Para qué quieres venderlas?

PAQUITA.—Para devolver su dinero a Antolín, a Casimiro y a Domingo.

JULIETA.—¿Ahora? No hagas tal cosa... Lo tomarían muy mal. Piensa que la alegría y el orgullo de esos pobres viejos era enviarte su dinero y sacrificarse por ti. (*Pausa.*)

PAQUITA.—De todos modos tú comprenderás que yo no puedo devolverles ese dinero toda la vida.

JULIETA.—Ya se lo devolverás más tarde... Pero no con el producto de la venta de tus joyas, sino con el dinero que ganes con tu trabajo... Esto les agradará más.

PAQUITA.—Tienes razón.

DANIEL.—(*Entrando, y un poco irónico.*) Señorita... Acaba de llegar los mejores amigos de la señorita.

PAQUITA.—Que pasen en seguida. Magdalena, diga usted al señorito Jorge que venga. (*Magdalena se va por la derecha. Daniel por el foro, volviendo a poco con los tres viejos.*)

ESCENA XVII

DICHOS, ANTOLÍN, DOMINGO, CASIMIRO, JORGE y EL PERRO

DANIEL.—(*Muy inclinado y con una amabilidad ligeramentz solente.*) Si los señores quieren tomarse la molestia de par... (*Los tres llevan trajes de viaje, con maletas de formas antiguas, un paquete de paraguas atados con una cinta y varios paquetes liados en periódicos.*)

CASIMIRO.—(*Viendo a Julieta.*) ¡Julieta!

JULIETA.—¡Casimiro!

DOMINGO.—Despacio. (*Sin dejarle acercarse a Julieta. A Paquita.*) Como ves, ya estábamos con las maletas preparadas para irnos al pueblo, cuando ha llegado Casimiro diciendo que erías vernos con urgencia. El se quedó hablando contigo después de irnos nosotros. ¿Qué te ha dicho?

CASIMIRO.—Nada. Yo no he dicho nada de particular. Yo...

PAQUITA.—No se defienda usted, Casimiro. Yo, con habilidad, logrado arrancarle unas palabras, y gracias a él sé todo lo que se han sacrificado ustedes por mí...

DOMINGO.—Pero este charlatán...

ANTOLÍN.—(*Con emoción.*) ¡Paquita!

DOMINGO.—Impasibilidad. Dejádla que hable.

PAQUITA.—Al saberlo, he decidido transformar mi vida desde hoy, y he comenzado por llamar a ustedes para confesar ante todos mi falta de gratitud. Les suplico de rodillas que me perdonen. (*Antolín y Casimiro van con los brazos abiertos hacia Paquita y Domingo los detiene.*) Me propongo ser otra... Ya voy a América....

CASIMIRO.—Todo esto, gracias a mí...

DOMINGO.—Silencio en la izquierda.

PAQUITA.—Me consagraré al arte puro y todo lo sacrificaré él... ¿Están ustedes contentos?

ANTOLÍN.—Sí.

DOMINGO.—Yo no sé nada. He oído palabras, palabras... Yo quiero hechos...

JULIETA.—Sé que habla con sinceridad.

DOMINGO.—Las mujeres son siempre sinceras cuando hablan... ¿Y luego?...

PAQUITA.—Repito que quiero transformar mi vida.

DOMINGO.—Prometes demasiado.

ANTOLÍN.—Domingo, es usted cruel.

DOMINGO.—Silencio. Se ha convenido hace un momento que era usted, sino yo, el que tomaba la dirección del grupo. Tengo libertad para decir lo que pienso. Yo veo claramente

la situación de Paquita. Está emocionada por las palabras de Casimiro... (*Casimiro quiere hablar, y le hace que se calle.*) Y como su sensibilidad es exquisita, ahora promete hasta hacerse monja, si se lo pidiéramos... Pero eso haría ahora..., en este momento... ¿Y mañana? ¿Tendrá siempre la misma firmeza que en este instante?

PAQUITA.—Creo que sí. Por lo menos lo intentaré.

DOMINGO.—Así me gusta que hables... Tengo más confianza en esas palabras, un poco dubitativas, que en la confesión teatral de antes. No se cambia de carácter en un momento. Sería muy cómodo... Hacen falta esfuerzos, luchar mucho contra uno mismo. Pero si así lo haces, llegarás a conseguirlo.

PAQUITA.—¡Haré todo lo posible! (*Salen a escena JORGE y MAGDALENA.*)

DOMINGO.—Pues ya veremos los resultados. (*Sacando el reloj.*) Las siete y veinte... ¡A la estación!

CASIMIRO.—Y veintiuno.

PAQUITA.—¿Pero se marchan ustedes?

ANTOLÍN.—(*Tímidamente.*) Podíamos quedarnos un día o dos.

DOMINGO.—No, señor. Podría usted perder su plaza, y usted necesita el sueldo para vivir.

PAQUITA.—(*Aturdidamente.*) ¡Ah, si no se trata más de eso...!

DOMINGO.—(*Severamente.*) ¿Qué ibas a decir?

PAQUITA.—(*Turbada.*) Nada. Si no hubiese empezado a regirme ya, sí habría dicho algo.

DOMINGO.—Que cada cual recoja sus paquetes.

CASIMIRO.—(*Acercándose a Julieta.*) Encantadora Julieta.

JULIETA.—Simpático Casimiro...

CASIMIRO.—¿No me había olvidado usted?

JULIETA.—¡Quién olvida aquel Club, con su sillón de música!

CASIMIRO.—Tiene usted que volver a verle...

JULIETA.—¡Ojalá!

MAGDALENA.—(*A Domingo.*) Buen viaje, caballero.

DOMINGO.—Gracias, Magdalena... Como no contaba con la antes de irme al pueblo..., le he escrito a usted una carta.

MAGDALENA.—(*Muy turbada.*) ¡Qué amabilidad!...

DOMINGO.—Le mando una receta para el erizo.

MAGDALENA.—Gracias.

DOMINGO.—¿Estamos dispuestos para la marcha?

ANTOLÍN.—Sí. (*Tiende los brazos a Paquita, para abrazarla.*)

DOMINGO.—(*Conteniéndole.*) Ahora no... Más tarde, si merece. ¡A la estación!

CASIMIRO y ANTOLÍN.—¡Hasta la vista!

ANTOLÍN.—¿Quién lleva mi maleta?

DOMINGO.—Yo. Hasta la vista, señor Parner.

CASIMIRO y ANTOLÍN.—Señor Parner, hasta la vista.

DOMINGO.—Hasta la vista, Paquita.

CASIMIRO y ANTOLÍN.—Hasta la vista, Paquita.

(*Hacen mutis los tres acompañados por Magdalena, Julieta y Jorge.*)

ESCENA XVIII

PAQUITA. Luego, ANTOLÍN.

ANTOLÍN.—(*Entra de prisa y medio ahogándose.*) ¡Paquita! ¡oy yo..., que no podía marcharme así. Y he vuelto, diciendo que se me había olvidado el paraguas... No podía irme sin abrazarte...

PAQUITA.—(*Abrazándole.*) ¡Antolín!

ANTOLÍN.—Domingo no quería que te abrazara. El no tiene confianza en ti... Yo sí la tengo, y quería decírtelo... Estoy seguro que trabajarás..., que triunfarás...

PAQUITA.—Puede usted estar seguro de ello.

ANTOLÍN.—Dice que soy un romántico, un soñador... Pero, ¿qué sería la vida sin quimeras? Las quimeras son a veces más reales que la verdad misma.

DOMINGO.—(*Dentro, gritando.*) ¡Antolín!...

ANTOLÍN.—¡Ya voy!... Que trabajes... El trabajo cura de todo... ¿Me lo prometes?

PAQUITA.—Sí.

DOMINGO.—¡Antolín!... ¡Que es tarde!...

ANTOLÍN.—Tú serás una gran artista, ¿me lo prometes?

PAQUITA.—Sí.

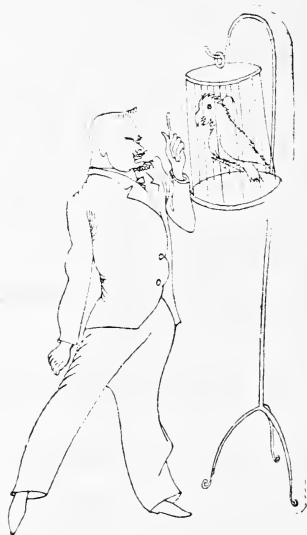
ANTOLÍN.—(*Ya en la puerta.*) Tengo confianza en ti.

DOMINGO.—(*Dentro.*) ¡Antolín!

CASIMIRO.—(*Dentro.*) ¡Antolín!

ANTOLÍN.—¡Voy!... ¡Voy!...

TELON



a m...
carco

(Al...
DOMIN...

Tom...
as nu...
Magd...
An...
una fr...
Dey...
An...
Dey...
Pero...
An...
no?...
aria e...



ACTO TERCERO

misma decoración del primer acto. A la derecha del foro un gran arco con el retrato de Paquita. A la izquierda otro cuadro con un telegrama.

ESCENA PRIMERA

ANTOLÍN, DOMINGO. Luego, CIPRIANO.

(Al levantarse el telón, ANTOLÍN se pasea nerviosamente, y DOMINGO, sentado ante un loro, le da repetidamente la lección.)

DOMINGO.—¡Abajo las mujeres! ¡Viva Magdalena!... ¡Abajo las mujeres! ¡Viva Magdalena!... ¡Abajo las mujeres! ¡Viva Magdalena!...

ANTOLÍN.—Dígame, Domingo, ¿cuántas veces hay que repetir esa frase a un loro para que se la aprenda?

DOMINGO.—Alrededor de dos mil veces.

ANTOLÍN.—¿Y cuántas lleva usted?

DOMINGO.—Unas mil ochocientas... Desde el mes pasado... pero dentro de tres días, ya se la sabrá.

ANTOLÍN.—¿Y no le sería lo mismo que fuera dentro de cuatro?... Porque así suspendería usted hoy la lección y nos dejaría en paz a mí y al loro... Hoy estoy un poco nervioso.

DOMINGO.—Como usted quiera... Basta por hoy, Juanito.

ANTOLÍN.—(Llamando.) Cipriano... Cipriano...

CIPRIANO.—Señor...

ANTOLÍN.—¿Estás seguro de que no ha pasado el cartero?

CIPRIANO.—Y tan seguro. De pasar, hubiera entrado.

DOMINGO.—Y si no trae carta, ¿para qué va a entrar?

ANTOLÍN.—Es imposible que hoy no tengamos carta.

DOMINGO.—¿Con qué seguridad lo dice usted!

ANTOLÍN.—Y tengo motivos para ello. Hace más de un mes que no tenemos noticias suyas.

CIPRIANO.—(Desde la derecha.) Señor, aquí está el cartero.

ANTOLÍN.—Voy. (Sale precipitadamente hacia el jardín.)

DOMINGO.—(Al loro.) A ti no te preocupa nada de eso, ¿verdad, Juanito? Tú en el fondo te ríes de todo... Haces bien. Las mujeres, sabes tú..., todas, menos una... ¡Abajo las mujeres! ¡Viva Magdalena! ¡Abajo las...!

ANTOLÍN.—(Volviendo, y con desesperación.) Es inaudito ¡Hoy..., hoy sin carta!... ¡Hoy!

DOMINGO.—Pero ¿por qué había de haberla hoy precisamente?

ANTOLÍN.—¿Es que usted no recuerda que hoy hace justamente cuatro años que Paquita dejó el pueblo?

DOMINGO.—Pues este año se le ha olvidado la fecha. ¡Si no podían durar mucho los buenos propósitos!... La opulencia y la gloria tornan a la gente olvidadiza.

ANTOLÍN.—A Paquita, no. Es un alma noble...

DOMINGO.—Es una mujer.

ESCENA II

DICHOS, CASIMIRO. Luego, JULIETA.

CASIMIRO.—(Entra muy satisfecho. Trae unos búcaros de distintas formas y tamaños.) Salud, señores...

DOMINGO.—Salud, Casimiro... (Casimiro mira con asombro a Antolín, que no ha respondido al saludo.) Déjele; está muy preocupado. Esperaba carta de Paquita, y... cero.

CASIMIRO.—(Riendo.) ¡Ah, sí, claro!... Esperaba carta de Paquita, y... cero.

ANTOLÍN.—No me lo explico. Aniversario de su marcha para conquistar la gloria, y ni una carta.

CASIMIRO.—Es verdad. (Cantando.) "Mambrú se fué a la guerra..., mirontón, mirontón..."

ANTOLÍN.—(Escandalizado.) ¿Y se pone usted a cantar?

CASIMIRO.—No... Yo no canto. ¿Canto yo? (Tarareando, pesar suyo.) "Mambrú se fué a la guerra..., mirontón..."

DOMINGO.—¿Para qué trae usted esos cacharros?

CASIMIRO.—Para llenarlos de flores.

ANTOLÍN.—¿Y dónde están las flores?

CASIMIRO.—Ahora las trae Julieta.

ANTOLÍN.—¿Y cómo se le ha ocurrido a usted esa idea? Es la primera vez que hace semejante cosa.

CASIMIRO.—Pues se me ha ocurrido esta mañana, al levantarme.

ANTOLÍN.—Casimiro, usted oculta alguna intención... Usted no dice la verdad.

CASIMIRO.—Yo no oculto nada. Domingo, usted es testigo de que yo no he dicho nada. (*Viendo entrar a JULIETA.*) Aquí está Julieta.

JULIETA.—(*Entra trayendo muchas flores.*) Buenas tardes, señores.

ANTOLÍN.—¿Cuánta flor!

JULIETA.—Son para...

DOMINGO.—Ya lo sabemos... Nos lo ha dicho Casimiro.

JULIETA.—¿Pero tú no puedes tener nada callado? Siempre serás el mismo. ¡Charlatán!

CASIMIRO.—Pero si yo no he dicho nada... ¡Que se me ha ocurrido esa idea!

JULIETA.—Si no eres más discreto, ya lo sabes... Me voy y te quedas otra vez solo. Pon las flores en los búcaros.

DOMINGO.—¿Sería usted capaz de abandonarle?

JULIETA.—¡Ca! Lo digo para asustarle. ¿Volver yo al teatro? ¡De ninguna manera!... Aquí, haciendo esta vida casi de campo, soy feliz. ¡Nunca he sido tan dichosa como en los dos años que llevo junto a Casimiro. (*A Casimiro.*) ¡Vamos, hombre, acaba pronto; no estés ahí mirando como un bobo!... ¡Ríete..., canta...

ANTOLÍN.—Domingo... Esas flores..., esas caras tan sonrientes..., esa alegría que tienen..., todo..., quiere decir que estos saben algo. ¿Será que va a venir Paquita?... ¡Dios mío!

DOMINGO.—¡Está usted loco! No ha venido a vernos, ni por curiosidad, una sola vez.

ANTOLÍN.—Con la vida de trabajo que lleva... No tendrá un solo día libre para hacer lo que la dé la gana.

CIPRIANO.—(*Viene corriendo, por la derecha.*) ¡Señor..., señores!... ¡Viene un auto por el camino de esta casa!

ANTOLÍN.—¿Un auto?

CIPRIANO.—(*Que ha vuelto a salir al jardín.*) ¡Y se para! ¡Y es una señora guapa la que baja del auto! Pero, ¡Dios mío!... ¡Si no es posible!... Parece... ¡Jesús, María y José!... Sí, es la señorita Paquita.

DOMINGO.—¿Será verdad? (*Va hacia el jardín.*)

ANTOLÍN.—(*Inmovilizado por la emoción.*) Vosotros lo sabíais. Sí... Es ella..., es ella. ¡Estoy seguro!

DOMINGO.—(*Volviendo a escena. A Julieta y Casimiro.*) ¡Vosotros lo sabíais!

JULIETA.—Lo sabíamos; pero nos había prohibido que le dijéramos a ustedes una palabra. Quería darles una sorpresa

CIPRIANO.—Y viene con otra señorita...

DOMINGO.—(*Emocionado.*) ¡Otra... señorita!... ¡Es Magdalena!

ESCENA III

PAQUITA.—(*Por la derecha, con vestido de viaje, elegantísimo. Ella sigue a MAGDALENA, que se queda discretamente en el fondo. CIPRIANO, detrás de ella.*) Aquí me tienen ustedes, amigos míos. ¿Creían que se me había olvidado esta fecha? Pues no. He querido darles esta sorpresa... ¿Había dicho usted algo Casimiro? ¿Y tú, Julieta?

JULIETA.—Ni una palabra.

PAQUITA.—Venga usted que le abrace, querido Casimiro.

CASIMIRO.—(*Orgulloso.*) ¡Querido Casimiro!... (*Se abrazan.*)

PAQUITA.—Ahora a ti, Julieta; y Domingo... (*Mientras ella abraza.*) Le traigo a usted a Magdalena; no ha hecho más que hablarme de usted por el camino. A Antolín le he dejado para el último, porque quiero darle el abrazo más apropiado.

ANTOLÍN.—¡Estoy tan emocionado que no sé qué me pasa!

PAQUITA.—A veces, para comprenderse mejor, no hay que hablar nada... Dejarme que recuerde todo esto... ¡Cuatro años sin verlo! (*Mirando a su alrededor.*) El Círculo..., el reglamento..., el guardarropa..., el bar... ¡Ah! El telegrama en que les anuncié mi contrato en la Opera, y mi retrato en su magnífico marco..., y tantas flores... Me reciben ustedes como una reina..., y el teatro, ¡Dios mío, qué pequeñito es!... ¡Oh perdón!... Pero como acabo de cantar en el Metropolitano, de Nueva York... ¿Y Cipriano?

CIPRIANO.—(*Estúpido de admiración.*) Buenas tardes, señorita.

PAQUITA.—Ven aquí, mala persona, y abrázame tú también (*Se abrazan.*)

CIPRIANO.—¡Qué bien huele usted, señorita!

PAQUITA.—Y el sillón de música, ¿dónde está?

ANTOLÍN.—Aquí le tienes... Le hemos cambiado de sitio.

PAQUITA.—Yo quiero sentarme en ese sillón.

ANTOLÍN.—(*Radiante de alegría.*) Se acuerda de todo..., se acuerda de todo...

(*Paquita se sienta en el sillón e inmediatamente suena la música. Ella entorna los ojos, tararea el valsecillo, y los tres viejos contemplan a Paquita extasiados.*)

MAGDALENA.—Buenas tardes, Domingo.

DOMINGO.—Hola, Magdalena. ¿Cómo estamos de bichitos?

MAGDALENA.—No muy bien.

DOMINGO.—Naturalmente. El aire de París no les sienta bien a los animalitos. Mire usted, París es el único sitio del mundo donde no hay moscas; no pueden vivir, las pobres. Todos los bichos deben vivir en el campo.

MAGDALENA.—Es verdad. Y la pava real que le regalé a usted, ¿está bien?

DOMINGO.—Tan oronda. En recuerdo de usted la llamo Magdalena.

MAGDALENA.—¡Tiene gracia! Pues yo, al ganso que usted me mandó le llamo Domingo.

DOMINGO.—¿Cómo "ganso", Magdalena!... Pato, patito...

MAGDALENA.—Sí, sí, eso es; patito, pato.

DOMINGO.—Yo, en cuanto digo Magdalena, Magdalena, viene la pavita con su cola abierta en abanico, y la cojo y la caricio...

MAGDALENA.—(*Bajando los ojos.*) ¡Domingo! (*Viendo que todas las miradas están fijas en ellos.*) ¡Cállese usted, que todos nos están mirando!

PAQUITA.—(*Riendo.*) ¡Casimiro y Julieta! ¡Domingo y Magdalena! Este no el Club de los Chiflados... Es el Club de los Enamorados.

DOMINGO.—¿Te han visto por la calle?

CASIMIRO.—¿Te han conocido?

PAQUITA.—Sí. Había una carreta atravesada en medio de la calle Real, y se ha tenido que parar el auto. La gente que estaba agrupada miró a mi coche y me reconoció en seguida. Si vieran ustedes qué de saludos, qué de cumplimientos! La señora de Leblond pasaba por allí y se adelantó para darme un beso... ¡Qué asco!... Salí corriendo y vine aquí directamente sin detenerme en el hotel para pedir habitaciones.

ANTOLÍN.—¿Pedir habitaciones? ¿Pero vas a estar aquí varios días?

PAQUITA.—Ocho días, lo menos.

ANTOLÍN.—¿Una semana?... ¿Oye usted esto, Casimiro?

CASIMIRO.—(*Con orgullo.*) ¡Yo ya lo sabía!

ANTOLÍN.—¿Y quieres ir al hotel? Nada de eso... Será muy fácil prepararte habitaciones en esta casa.

PAQUITA.—(Muy alegre.) ¿De veras?... ¡Ay, cuánto me gustaría!

CASIMIRO.—¡No faltaba más!

PAQUITA.—¡Pasar una semana como en familia!

ANTOLÍN.—¡En familia!... Julieta: preparen ustedes los dos cuartos..., pero volando.

JULIETA.—Voy a ocuparme de ello.

MAGDALENA.—Voy a ayudarla a usted.

ANTOLÍN.—Pero de prisita, porque hay que cenar.

PAQUITA.—No apresurarse. Magdalena y yo hemos merendado fuerte y no nos moriremos de hambre.

ANTOLÍN.—La cena tiene que ser espléndida.

JULIETA.—No faltará nada. Yo me encargo de todo. ¿Vamos Magdalena?

(Mutis Julieta y Magdalena, por la izquierda. Los tres viejos rodean a Paquita.)

DOMINGO.—Ahora hablemos un poquito de ti.

ANTOLÍN.—De tu viaje por América.

CASIMIRO.—¿Qué tal la *tournée*?

PAQUITA.—Triunfal. He tenido un éxito loco. Soy célebre en toda América. ¡Ah, y ustedes también!

LOS TRES.—(Estupefactos.) ¿Nosotros?

PAQUITA.—Alargadme el bolso. (Le dan el bolso y lo abre. Traigo recortes de los periódicos de allá. (Enseñándoselos. Miren ustedes.

ANTOLÍN.—¡Pero esto es una fotografía de nuestro Círculo

DOMINGO.—(Leyendo.) "París-Club."

CASIMIRO.—Esto querrá decir Círculo de París.

PAQUITA.—(Desplegando otra hoja.) Vean ésta.

LOS TRES.—¡Nuestros retratos!

PAQUITA.—Los mismos. Yo conté mi historia a un periodista, y me pidió los retratos de ustedes.

ANTOLÍN.—¿Qué pone el mío?

PAQUITA.—*Poet friend Antolin...* Que quier decir: "Antolín el amigo de los poetas."

DOMINGO.—*Animal friend Dominique...*

PAQUITA.—"Domingo, el amigo de los animales."

CASIMIRO.—(Leyendo.) *Clock friend Casimir...*

PAQUITA.—"Casimiro, el amigo de los relojes."

LOS TRES.—(Mirándose unos a otros y sofocados de asombro.) ¡Nuestros retratos!...

PAQUITA.—Los han reproducido mil periódicos americanos. He querido que participen ustedes de mi éxito... ¡Figúrense ustedes!... He recorrido treinta y cuatro ciudades en tres meses. Tengo bien ganado un reposo de ocho días... ¡Y qu

en voy a descansar aquí!... Me levantaré tarde... Desayunamos juntos y sin prisa... Después de comer, me enseñarán todos los alrededores del pueblo, que parecen muy bonitos...

ANTOLÍN.—(*Riendo.*) ¿Tú no los conoces ya?

PAQUITA.—No. Los había visto muchas veces pero no los había mirado nunca.

CIPRIANO.—Señor... Unos señores preguntan por la señorita.

ANTOLÍN.—¿Unos señores? ¿Qué señores?

CIPRIANO.—Dicen que es una Comisión.

ANTOLÍN.—Domingo, ¿quiere usted hacer el favor de enterse?...

DOMINGO.—¿Comisión! Serán algunos curiosos. (*Mutis decha.*)

ANTOLÍN.—¿No podrían dejarnos ahora tranquilos?

PAQUITA.—Vendrán a amargarnos los primeros momentos si estamos juntos.

CASIMIRO.—Puede que quieran verte de cerca y que les digas la palabra...

ANTOLÍN.—¿Eso de ningún modo!...

CASIMIRO.—Eso se hacía en otro tiempo con las reinas.

DOMINGO.—(*Que entra riendo.*) Es el alcalde con todo el concejo. Estaban en sesión cuando han sabido tu llegada, y han venido todos.

PAQUITA.—¿Y qué quieren?

DOMINGO.—Desean que les prometas dar un concierto, y dicen que nunca se verá más honrado el teatro de la villa que te aclamará todo el pueblo.

ANTOLÍN.—¿Te acuerdas que al irte de aquí prometiste venirte del pueblo, tenerle a tus pies y aplastarle? Pues ha llegado el momento.

PAQUITA.—No quiero molestarme en cantar para ellos.

ANTOLÍN.—¿Qué lástima!

(*Los tres viejos se miran, disgustados.*)

PAQUITA.—Parece que les molesta a ustedes mi negativa.

CASIMIRO.—¿Claro! Porque también era para nosotros una ocasión de oírte cantar.

PAQUITA.—Ya me oirán ustedes.

ANTOLÍN.—¿De veras? ¿Cuándo?

PAQUITA.—(*Sonriendo.*) ¿Qué día es hoy, Domingo?

DOMINGO.—Sábado.

PAQUITA.—¿Sábado!... El día que dábamos siempre nuestro concierto. Pues bien: le daremos, y esta noche cantaré para ustedes..., para ustedes tres nada más.

LOS TRES.—(*Aplaudiendo.*) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien!

ANTOLÍN.—(*Llamando.*) ¡Cipriano!... ¡Cipriano!...

DOMINGO.—¡Con qué gusto voy a decirle esto al Ayuntamiento en pleno! (*Mutis derecha.*)

CASIMIRO.—¡Voy a ver la cara que ponen! (*Mutis derecha.*)

ANTOLÍN.—(*A Cipriano, que viene por la derecha.*) Cipriano, tienes que preparar el teatro para esta noche.

CIPRIANO.—¿Va a haber concierto?

ANTOLÍN.—Sí... Como antes..., como antes... ¿Lo oyes?

CIPRIANO.—Sí, señor, sí... Ahora lo prepararé. Voy primeramente a ver qué pasa con la Comisión. (*Mutis derecha.*)

ESCENA IV

PAQUITA y ANTOLÍN.

PAQUITA.—Mi querido Antolín, ya ha visto usted cómo se equivocó. Alguna vez son los señadores los que ven con más claridad. Usted afirmaba que yo llegaría a ser una gran cantante, y al parecer tiene usted razón.

ANTOLÍN.—La tenía yo... (*Con intención.*) Y tenía razón Jorge.

PAQUITA.—(*Turbada.*) ¿Jorge? No me hable usted de Jorge.

ANTOLÍN.—¿Por qué?

PAQUITA.—Jorge y yo hemos terminado.

ANTOLÍN.—¿Cómo es eso?... ¿Que habéis terminado?

PAQUITA.—Sí, señor... Para siempre.

ANTOLÍN.—No es posible.

PAQUITA.—Esta separación será el drama de mi vida.

ANTOLÍN.—Pero, ¿qué ha sucedido?

PAQUITA.—Lo que debiera ocurrir un día u otro, Hace una semana me dijo, sin darle importancia, que tenía que casarse... Que su hermana le había hablado de una muchacha...

ANTOLÍN.—¿Y qué?

PAQUITA.—Los dos nos reímos... Pero al irse Jorge yo me flexioné y me dije a mí misma que no debía ser un obstáculo para su felicidad, y que era necesario dejarle libre...

ANTOLÍN.—Eso es una locura...

PAQUITA.—Reflexione usted también, Antolín. Usted sabe muy bien que yo estimo a Jorge, pero tampoco ignora que siento amor por él..., y la razón también la conoce usted.

ANTOLÍN.—¿Julio?

PAQUITA.—Sí.

ANTOLÍN.—¿Sigues pensando en él?

PAQUITA.—¡Siempre! Por eso ayer me decidí, y mandé a Jorge una carta muy sentimental y muy romántica... ¡

uede usted figurarse lo que lloré mientras la escribía!... Y
ta mañana salimos, en el auto, de París. Me ha costado lá-
rimas, porque le estimaba mucho... Pero era preciso acabar.
ANTOLÍN.—Era preciso..., era preciso... Jorge debe estar
desesperado.

PAQUITA.—(*Muy tierna.*) ¿No aprueba usted mi determi-
nación?

ANTOLÍN.—¡No! Vivir en plan de novela, no está bien. Hacer
de la vida una tragedia, tampoco. La gente puede quererse sin
estrozarse el corazón. Mira alrededor nuestro: ahí tienes a
Lilieta y a Casimiro.

PAQUITA.—Esos son dos tontos.

ANTOLÍN.—¡Felices los tontos, si lo son así! (*Mirando al
jardín.*) Fíjate en aquellos otros... Domingo y Magdalena...
Domingo era también un alma atormentada, y mira cómo tra-
de encontrar tranquilamente su felicidad. Aquí vienen...
no les estorbemos. ¡Es su primer día venturoso!... Ven con-
tigo; voy a enseñarte tu cuarto, en el que vas a vivir ocho
años. Ven. (*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA V

MAGDALENA, DOMINGO. Luego, ANTOLÍN.

MAGDALENA.—(*Entrando con Domingo.*) ¡Qué cosa tan cu-
posa! Tiene usted tranquilidad, vive en el campo, no le fal-
tan buenos amigos, le distraen infinitamente los animalitos,
no es usted feliz?

DOMINGO.—¿Usted cree que se puede ser feliz cuando los
seres que uno ama no lo son?

MAGDALENA.—En ese caso, claro que no.

DOMINGO.—Pues es el mío. Mis animalitos no son felices.

MAGDALENA.—¿No están bien cuidados?

DOMINGO.—Materialmente, sí; no les falta nada; pero eso
es todo en la vida. En la vida, sobre todo, hacen falta afec-
tos. (*Mirando a Magdalena con emoción.*) Eso es..., un gran
defecto... Y me atrevería a decir que hace falta amor. Amor,
... Por eso yo me pregunto algunas veces si doy a mis ani-
malitos cuanto necesitan. Yo soy un hombre, y un hombre un-
co brusco, y en ciertos casos nada reemplaza a la ternura
de la mujer. Mis animalitos no pueden decirme nada de esto;
pero estoy seguro de que ellos lo piensan y lo sienten.

MAGDALENA.—Mi caso es todo lo contrario. Mis bichos sufren
un apacho de ternura; ellos no se dan cuenta, pero yo sí lo

noto. Es que los educo mal, porque soy débil con ellos, y se necesitaría una autoridad en la casa, que se impusiera en algunas ocasiones.

DOMINGO.—Exacto. Los “hijos” de usted, Magdalena, podían ser como los míos que son huérfanos de padre, y los míos, de madre.

MAGDALENA.—Verdad. Eso es una gran verdad.

DOMINGO.—¿Y qué diría usted, Magdalena, si yo le propusiese reunir nuestros bichitos, para que yo fuese el padre y usted la madre?

MAGDALENA.—¡Ay, Dios mío!... ¡Me da miedo!

DOMINGO.—¿De qué?

MAGDALENA.—De usted. Yo soy una mujer, y usted me ha hablado tan mal de ellas... Me acuerdo siempre de su última visita... Estaba usted tan furioso..., y repitiendo, a propósito de no sé qué, con voz terrible: “¡Abajo las mujeres!” *(El loro que dormitaba, se despierta al oír esta frase, tan conocida para él, y la repite por vez primera: “¡Viva Magdalena!” Magdalena, volviéndose muy sorprendida.)* ¿Quién ha dicho eso?

DOMINGO.—Mi loro. Ha dicho la frase que yo le repito constantemente.

ANTOLÍN.—*(Que ha entrado hace un momento, rompe a reír.)* ¿Se le ha declarado a usted el loro, Magdalena? No podía sino cederle otra cosa a Domingo.

DOMINGO.—No se burle usted.

ANTOLÍN.—No me burlo. Os envidio. Vaya, Magdalena, de usted el sí que espera hace tanto tiempo.

MAGDALENA.—*(Dándole la mano.)* Sí.

ANTOLÍN.—¡Ah! Vayan ustedes a anunciar la gran noticia a Julieta, y fijen ya el día del casamiento.

DOMINGO.—Vamos, Magdalena.

MAGDALENA.—¿Nos llevamos el loro?

DOMINGO.—Sí. *(Al loro.)* Juanito, Juanito... “¡Viva Magdalena!”

LORO.—“¡Viva Magdalena!”

MAGDALENA.—Gracias, gracias..., a los dos. *(Mutis, los dos por la izquierda.)*

ESCENA VI

CASIMIRO, ANTOLÍN. Luego, PAQUITA.

CASIMIRO.—*(Muy agitado.)* Antolín, Antolín

ANTOLÍN.—¿Qué?

CASIMIRO.—Ahí está Julio, que quiere ver a Paquita.

ANTOLÍN.—¡Ah!

PAQUITA.—(*Saliendo.*) ¿Qué sucede?

ANTOLÍN.—Ahí está cierta persona que quiere verte.

PAQUITA.—¿Cierta persona!... ¿Quién es?

ANTOLÍN.—Julio.

PAQUITA.—¿Julio! (*A punto de llorar por la emoción.*) Julio, ¿ve usted... ¡No me ha olvidado, no! Sigue queriéndome... Me quiere siempre. Pero Dios mío, ¡verle!... ¡Volver a verle delante de mí!...

ANTOLÍN.—Cálmate.

PAQUITA.—Piense usted en todo lo que ese hombre es para mí. ¡Y volver a verle ahora en esta habitación, donde nos separamos el uno del otro sin decirnos adiós siquiera! Julio es toda mi juventud. Yo quisiera verle y al mismo tiempo me da miedo... ¿Será mejor no recibirle?

ANTOLÍN.—Es mejor que le recibas... Casimiro, ¿quiere usted decir a Julio que pase? (*Vase Casimiro.*)

PAQUITA.—¡Ay, Antolín!... ¡Qué emoción! ¡Qué ansiedad! Antolín la estrecha la mano sin decirle nada y hace mutis por la derecha.)

ESCENA VII

PAQUITA Y JULIO.

(*JULIO entra y queda un momento en el umbral. Va vestido con elegancia provinciana, un poco vulgar: cuello alto almidonado, nudo de corbata chillón, guantes claros muy ajustados. El aspecto de Julio es fanfarrón.*)

PAQUITA.—(*Con entusiasmo.*) ¡Julio!...

JULIO.—(*Con aire vencedor.*) ¡Hola, Paquita!

PAQUITA.—(*Mirándole, y con la voz ya un poco más fría.*) Julio...

JULIO.—Sí... Julio... Yo soy. ¿Qué hay? ¿Te ha sorprendido verme?

PAQUITA.—¿Qué cambiado está usted!

JULIO.—¿Ya no me tuteas?

PAQUITA.—No me he dado cuenta... Estoy un poco desconcertada. Hace un momento, cuando me han dicho que estaba usted ahí, me pareció que no nos habíamos separado. Y ahora me parece que hace muchos..., muchos años que no nos vemos...

JULIO.—¿Qué poco amable es eso para mí!

PAQUITA.—No ha sido mi intención molestarle...; pero es que... ¡Qué cambiado estás!

JULIO.—¿En qué? ¿He envejecido?

PAQUITA.—¡Oh, no!... No es eso. No vistes igual... Ese cuello, los guantes...

JULIO.—Es que ya no soy el joven atolondrado de entonces.
PAQUITA.—¡Ahora eres un señor casado!

JULIO.—Sí... Tuve que casarme con la hija del dueño de la fábrica.

PAQUITA.—¿Y quieres a tu mujer?

JULIO.—Ella me adora. Todas las mujeres me adoran, y esto te lo debo a ti.

PAQUITA.—¿A mí?

JULIO.—¡Claro!... ¡Por lo de antaño!... Por... nuestros amores.

PAQUITA.—Pero... ¿se acuerdan todavía? ¿Después de cuatro años? Aquello pertenece ya a la historia antigua... ¿Quién puede hablar de ello?

JULIO.—Ya comprenderás que cuando se ha tenido la suerte de ser el amigo íntimo de una actriz célebre, no se oculta un secreto. Eso da importancia.

PAQUITA.—(Avergonzada.) ¡Oh!

JULIO.—No puedes figurarte los éxitos que me ha valido aquella aventura. Has sido mi anunciadora.

PAQUITA.—Aquella aventura, ¿eh? (Pausa.) Julio, debes volver en seguida a tu casa.

JULIO.—No tengo prisa.

PAQUITA.—Pero es posible que te esté aguardando tu mujer.

JULIO.—Está acostumbrada a que vaya tarde.

PAQUITA.—Pero ya nos hemos visto y vale más que nos despedamos.

JULIO.—¿Cómo? ¿Despedirnos así?... ¿Sin habernos dado un abrazo siquiera?...

PAQUITA.—Y abrazarnos, ¿para qué?

JULIO.—Creo que es lo natural.

PAQUITA.—Déme usted la mano... (Se la da. Se acerca Julio. Este la abraza y luego intenta besarla, pero ella le rechaza.)

JULIO.—(Mientras la abraza.) Vamos..., no seas tonta... Dame un beso... (Al verse rechazado.) Comprendo que aquí no quejas... Puede entrar alguien... Pero luego...; esta noche... espero. ¿Quieres?

PAQUITA.—¿Esta noche?

JULIO.—Sí. Te espero a las nueve en el puentecillo...

PAQUITA.—No.

JULIO.—¿Cómo que no? Ya verás. No hay peligro ninguno. He encontrado un sitio discreto y he ido allí ya varias veces. Se está muy bien.

PAQUITA.—¡No! ¡¡No!! ¡Vete!

JULIO.—Pero no seas tonta. ¿Vas a andar con remilgos ahora?

PAQUITA.—Nada de remilgos. Es que no quiero. ¡Vete!

JULIO.—¡Ah! ¿Si?

PAQUITA.—Adiós. Esta visita me ha hecho un efecto impre-
visto, absolutamente inesperado...

JULIO.—¡Si que eres divertida!

PAQUITA.—Es más complicado de lo que tú crees el corazón
de una mujer... ¡Adiós, Julio!

JULIO.—¡Adiós, Paquita!... No creía yo que terminaríamos
sí la entrevista.

PAQUITA.—Ni yo tampoco.

JULIO.—Adiós..., entonces. ¡Qué presumida te has vuelto!...
Adiós! (*Mutis.*)

ESCENA VIII

PAQUITA y ANTOLÍN.

ANTOLÍN.—(*Por la derecha.*) Ya he visto salir a Julio

PAQUITA.—¡Ay, amigo mío! ¿Es Julio ése? ¡Ese! Ha debido
usted de decírmelo antes de verle.

ANTOLÍN.—No me hubieses creído.

PAQUITA.—¡Cuánto mejor era no haberle visto!

ANTOLÍN.—Vale más que hayas hablado con él.

PAQUITA.—¿Y por ese hombre me he privado yo de querer
de verdad durante cuatro años?...

CASIMIRO.—¿Qué ha pasado con Julio? Le he visto salir de
mal talante.

CIPRIANO.—(*Sacando la cabeza por entre las cortinas.*) Cuan-
to ustedes quieran puede empezar el concierto

ESCENA FINAL

JULIETA, PAQUITA, MAGDALENA, ANTOLÍN, CASIMIRO, DOMINGO
y JORGE.

PAQUITA.—Ahora mismo. Domingo, Casimiro, vengan, que
oy a cantar para ustedes.

JULIETA.—(*A Paquita.*) ¿Eres feliz?

PAQUITA.—¿Podría cantar si no lo fuese? Magdalena, usted
me acompañará y Julieta volverá las hojas. (*Las tres mujeres
se van por la izquierda.*)

ANTOLÍN.—Casimiro, acerque usted la butaca. (*Cogen las
tres butacas, una grande en medio y las otras a ambos lados.
Estas butacas de cara al teatrillo y, por lo tanto, de espaldas
al público.*)

ANTOLÍN.—Esta noche Paquita canta sólo para nosotros.

CASIMIRO.—Como en otro tiempo.

DOMINGO.—Como hace cuatro años.

ANTOLÍN.—Amigos míos... Ya saben ustedes que hubo, y no hace mucho tiempo, hubo, repito, un rey que se hacía dar ciertos para él solito.

CASIMIRO.—Un chiflado.

DOMINGO.—Un antecesor nuestro. *(Se sientan los tres con mucha ceremonia.)*

CIPRIANO.—*(Desde dentro.)* ¿Estamos, señor presidente?

ANTOLÍN.—Sí. *(A Domingo y Casimiro, que no dicen nada. Silencio..., que va a cantar...*

(Cipriano, dentro, da con un grueso bastón tres golpes fuertes y espaciados. En seguida da vuelta a un conmutador y minúscula batería del teatrillo se enciende. Después, abre las cortinas y se ve en la escena a PAQUITA, en pie, dispuesta a cantar. Sentada en el taburete del piano a MAGDALENA y a su lado JULIETA, sentada en una silla y preparada para volver las hojas de una partitura, cuyas primeras notas ataca Magdalena mientras cae el telón.)



LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armoat y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de los Ríos.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ! de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kisler.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA FARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.

39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON. de Manuel Linares Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por do Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Francisco Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.—LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción de Torralba Becl.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, de Francisco de Vía.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castillo y Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avellano Artís. Traducción del catalán por Arturo Mori.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFA, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Natanson y Orbok, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Berr y Verneuil, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena, traducción de Víctor Girondo y Manuel Morcillo.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Antonio Paiz y Antonio Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI? de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
82. ¡O IMPREVISTO, de Francisco de Vía.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Armont y Gerbidon, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez Roig.



GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:: DE HUMORISMO ::

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—
Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Ro-
berto.—Barbero.—López Rubio.—Tono.
Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concur-
sos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—
¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

m a c a c o

el periódico
de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñe-
cos recortables, dibujos para iluminar, plie-
gos de soldados, etc., y otras muchas sec-
ciones, que son el encanto de los niños. No
dejéis de comprarlo, pues además, obten-
dréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 25 céntimos

COMPRE Y COLECCIONE TODOS LOS
NÚMEROS DE

LA FARSA

ASÍ TENDRÁ USTED, ADEMÁS DE LA
COLECCIÓN MÁS COMPLETA DE LAS
OBRAS QUE SE ESTRENEN CON ÉXITO
EN MADRID, UNA COMPLETÍSIMA GALE-
RÍA DE PERSONAJES CÉLEBRES DEL
TEATRO ESPAÑOL, PUES CADA UNA DE
LAS CUBIERTAS DE

LA FARSA

ES UNO DE ESOS PERSONAJES, A LOS
QUE DIERON VIDA IMPERECEDERA LOS
GENIOS DE NUESTRA DRAMÁTICA.

Cubierta de este número:

RODRIGO, EL CID

de LAS MOCEDADES DEL CID,
de Guillén de Castro.